



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

**Placer: Un análisis de sus dimensiones biológica, psicológica y social, con énfasis en
el placer sexual**

Stephanie Álvarez González

Trabajo de grado presentado para optar al título de Psicóloga

Asesor

Ricardo Pérez - Almonacid, Doctor (PhD) en Ciencia del Comportamiento

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Psicología
Medellín, Antioquia, Colombia
2025



Cita

(Álvarez González, 2025)

Referencia

Álvarez González, S. (2025). *Placer: Un análisis de sus dimensiones biológica, psicológica y social, con énfasis en el placer sexual*. [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Estilo APA 7 (2020)



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Tabla de contenido

| | |
|---|----|
| Resumen | 7 |
| Abstract | 8 |
| Introducción..... | 9 |
| 1 Análisis del placer..... | 10 |
| 1.1 Placer y Lenguaje Ordinario | 10 |
| 1.1.1 Hacia una Noción Tentativa de Placer Extraída del Lenguaje Ordinario..... | 16 |
| 1.2 La Dimensión Biológica del Placer | 17 |
| 1.2.1 Etología y Placer | 19 |
| 1.3 La Dimensión Social del Placer..... | 21 |
| 1.3.1 La Idiosincrasia del Placer..... | 21 |
| 1.3.2 Los Criterios Morales y Éticos Respecto al Placer | 22 |
| 1.4 La Dimensión Psicológica del Placer | 27 |
| 1.4.1 Sobre el Nivel de Análisis Psicológico..... | 27 |
| 2 Particularidades del Placer Sexual | 38 |
| 2.1 Lenguaje Ordinario y Placer Sexual | 38 |
| 2.2 Dimensión Biológica del Placer Sexual | 39 |
| 2.2.1 Etología y Placer Sexual | 40 |
| 2.3 Dimensión Social del Placer Sexual | 41 |
| 2.4 Dimensión Psicológica del Placer Sexual | 43 |
| 2.4.1 Condicionamiento Pavloviano y Operante | 44 |
| 2.4.2 Lenguaje y Placer Sexual | 46 |
| 3. A Manera de Conclusión | 47 |



Referencias 50

Lista de tablas

Tabla 1 Expresiones ordinarias relacionadas con el placer, de acuerdo con su evolución temporal 12

Siglas, acrónimos y abreviaturas

| | |
|----------------|---|
| fMRI | Imagen por Resonancia Magnética Funcional |
| NAc | Nucleus Accumbens / Núcleo Accumbens |
| OFC | Orbitofrontal Cortex / Corteza Orbitofrontal |
| vmPFC | Ventromedial Prefrontal Cortex / Corteza Prefrontal Ventromedial |
| pACC | Pre-Anterior Cingulate Cortex / Corteza Cingulada Anterior Preliminar |
| aMCC | Anterior Mid-Cingulate Cortex / Corteza Cingulada Media Anterior |
| vIOT | Ventral Lateral Occipitotemporal Cortex |
| EBA/FBA | Extrastriate Body Area / Fusiform Body Area |
| vPMC | Ventral Premotor Cortex / Corteza Premotora Ventral |
| VS/NAcc | Ventral Striatum / Nucleus Accumbens |
| RFT | Teoría de los Marcos Relacionales (Relational Frame Theory) |
| SD | Estímulo Discriminativo (Discriminative Stimulus) |
| O/EP | Objeto u Evento Placentero |
| Hz | Hercios (unidad de frecuencia) |
| p. | Página |
| % | Porcentaje |

Resumen

Esta tesis ofrece un análisis integrador del placer como un fenómeno multidimensional que involucra dimensiones biológica, psicológica y social, con un énfasis particular en el placer sexual. A partir del examen del lenguaje ordinario, el estudio identifica estructuras recurrentes en la forma en que se expresa el placer, revelando un ciclo temporal compuesto por anticipación (wanting), consumación (liking) y satisfacción (completion).

Desde una perspectiva biológica, el placer se explica mediante la interacción de los sistemas dopaminérgico, opioide y endocannabinoide dentro de la red mesocorticolímbica de recompensa, lo que respalda el concepto de una “moneda neural común”. La dimensión psicológica describe el placer como una función aprendida que emerge de la percepción, el condicionamiento y los procesos de atribución social, los cuales determinan en conjunto qué resulta placentero para cada individuo. La dimensión social destaca que el placer no es universal, sino una construcción cultural mediada por normas morales y sistemas simbólicos que definen lo que se considera deseable o aceptable.

Finalmente, el texto explora el placer sexual como una expresión paradigmática del sistema general de recompensa, mostrando cómo integra procesos neurobiológicos, asociaciones aprendidas y regulaciones sociales. En conjunto, la tesis propone que el placer no es una sensación fija, sino un proceso funcional dinámico que vincula el cuerpo, la historia de aprendizaje y el contexto cultural.

Palabras clave: placer, sistema de recompensa, placer sexual, psicología, biológico, cultura.

Abstract

This thesis presents an integrative analysis of pleasure as a multidimensional phenomenon encompassing biological, psychological, and social dimensions, with a particular emphasis on sexual pleasure. Based on the examination of ordinary language, the study identifies recurrent structures in how pleasure is expressed, revealing a temporal cycle composed of anticipation (wanting), consummation (liking), and satisfaction (completion).

From a biological perspective, pleasure is explained through the interaction of dopaminergic, opioid, and endocannabinoid systems within the mesocorticolimbic reward network, supporting the concept of a “common neural currency.” The psychological dimension describes pleasure as a learned function emerging from perception, conditioning, and social attribution processes, which together determine what becomes pleasurable for each individual. The social dimension highlights that pleasure is not universal but a cultural construction, mediated by moral norms and symbolic systems that define what is considered desirable or acceptable.

Finally, the text explores sexual pleasure as a paradigmatic expression of the general reward system, showing how it integrates neurobiological processes, learned associations, and social regulations. Overall, the thesis proposes that pleasure is not a fixed sensation but a dynamic functional process linking the body, learning history, and cultural context.

Keywords: pleasure, reward system, sexual pleasure, psychology, biology, culture.

Introducción

El placer constituye una de las experiencias universales y, al mismo tiempo, más enigmáticas. Lo buscamos, lo nombramos, lo evitamos o lo justificamos, pero rara vez lo comprendemos en su complejidad. Aunque su presencia atraviesa la vida cotidiana, desde el disfrute de la comida o la música hasta el erotismo y la contemplación estética; su estudio científico ha revelado que el placer no es una entidad unívoca ni exclusiva de una sola disciplina. Por el contrario, se trata de un fenómeno multidimensional, cuya comprensión exige integrar perspectivas biológicas, psicológicas y sociales.

El presente trabajo propone un análisis integrador del placer que articula dichas dimensiones y las aplica específicamente al estudio del placer sexual, entendido como una manifestación privilegiada del sistema general de recompensa. A través del examen del lenguaje ordinario, la revisión teórica y el análisis conceptual, se busca describir las fases temporales del placer *deseo*, *disfrute* y *satisfacción* y comprender cómo se configuran las experiencias placenteras en distintos niveles de análisis.

En suma, este texto parte de la premisa de que el placer no es una sensación fija ni un simple correlato fisiológico, sino algo funcional dinámico que enlaza cuerpo, historia y cultura. Comprenderlo requiere una mirada interdisciplinaria capaz de reconocer su complejidad y su papel en la conducta humana.

1 Análisis del placer

El placer, en su sentido más amplio, puede entenderse como un tema importante en la vida de un organismo, porque orienta gran parte de nuestras acciones. Constituye un eje alrededor del cual se organizan tanto la búsqueda del bienestar como la evitación del malestar, sirviendo de guía funcional para la conducta. Por ello, antes de abordar sus dimensiones específicas, resulta pertinente explorar cómo el placer aparece en el lenguaje ordinario, donde se expresan sus matices, intensidades y formas cotidianas.

1.1 Placer y Lenguaje Ordinario

Experimentamos placer cotidianamente cuando comemos, tenemos sexo, escuchamos música, entre miles de experiencias adicionales. Decimos que le da “picante” a la vida y lo buscamos incluso inadvertidamente. Un análisis científico del placer, no obstante, revela que en sí mismo no es un término técnico, unívoco, y que le pertenezca a una sola disciplina estudiarlo. Hay aspectos fisiológicos involucrados que van desde los evolutivos y nerviosos; otros psicológicos, como la amplitud de eventos arbitrarios hacia los que comenzamos a sentir placer o dejar de sentirlo; y aspectos culturales sobre el tipo de cosas y criterios que se vuelven costumbre y norma sobre el placer.

En este documento se ofrecerá un análisis psicológico del placer, y en particular en el placer sexual. Para eso, se seguirá la siguiente ruta: primero, se analizarán los usos cotidianos de los términos relacionados con el placer, para identificar modalidades y parámetros potencialmente relevantes. En segundo lugar, se abordarán las dimensiones biológica, psicológica y social, orientadas por esos usos y parámetros. Y finalmente, se aplicará el análisis en el placer sexual, específicamente.

Los usos ordinarios de términos relacionados con el placer, sugieren que lo expresamos en distintos grados de intensidad, desde un goce hasta momentos de éxtasis absoluto. En su forma más baja, se expresa como bienestar o satisfacción tranquila, mientras que en su punto más alto se convierte en una experiencia intensa desbordante de disfrute. Así mismo, los diferentes usos

sugieren que la experiencia placentera atraviesa diferentes fases, evolucionando desde la anticipación, el disfrute y, finalmente, la satisfacción posterior.

Usamos una gran variedad de expresiones para referirnos a estas experiencias. Muchas de ellas se describen con adjetivos como *rico, delicioso, exquisito, agradable, reconfortante, extasiante, excitante*, entre otros. En términos motivacionales, son situaciones de adiencia Schneirla (1959), es decir, situaciones que buscamos, en las que buscamos mantenernos y quisiéramos repetir. En el lenguaje de la literatura emocional, se refiere a situaciones de valencia positiva Russell (1980). Todas estas contrastan con situaciones de abiencia Schneirla (1959), que buscamos evitar o que producen rechazo, y que también podríamos denominar de valencia negativa.

Hay expresiones ordinarias que describen una fase anticipatoria de la experiencia placentera, en la que expresamos un deseo impaciente y urgente. Algunas expresiones de placer son como "¡No veo la hora!", "Me muero por..." o "Estoy que exploto", generalmente acompañadas de una prosodia acelerada, gestos inquietos y miradas expectantes. Esta urgencia anticipatoria la expresamos como un motor del disfrute, impulsando la búsqueda de aquello que se desea con fervor.

Cuando finalmente se vive el momento de placer, el disfrute se expresa con frases que resaltan la intensidad de la experiencia: "¡Qué rico!", "No pares...", "Esto es increíble", "Uff...", "Me encanta", con la voz entrecortada o exclamativa, y con movimientos rítmicos, suspiros o expresiones de entrega total. En estos casos, sentimos que el placer alcanza su punto máximo y puede llegar a un estado de éxtasis, donde el lenguaje se reduce a exclamaciones, sonidos guturales o simples exhalaciones prolongadas.

Tras el clímax del disfrute, el placer evoluciona hacia la satisfacción y la plenitud. Frases como "Fue genial", "Valió la pena", "Me siento tranquilo" o "Podría hacer esto todo el tiempo" expresan un goce más sereno, con posturas relajadas, la respiración pausada y la voz en un tono más bajo y calmado. La plenitud, en su forma más discreta, se manifiesta con expresiones como "Me hace bien", "Esto está muy bien" o incluso con un simple silencio cómodo, acompañado de una sonrisa ligera y una respiración profunda.

El placer no siempre se experimenta con la misma intensidad. Además de los momentos de disfrute intenso y excitante, existe otra forma de placer más sutil, ligado a la tranquilidad y la

satisfacción serena. Este tipo de placer, aunque menos efusivo, es igualmente significativo, pues se siente como un bienestar duradero y estable.

En este nivel más bajo de placer, las expresiones reflejan una expectativa moderada o un anhelo. Frases como “Me gustaría...”, “Espero...”, “Qué rico sería...”, o “Quisiera probar...” denotan una anticipación sin urgencia, una ilusión placentera que se expresa con una sonrisa leve, una mirada contemplativa y un tono de voz pausado y cálido. Esta forma de placer la expresamos con gestos relajados, suspiros suaves e incluso un recuerdo o anhelo agradable de algo.

Cuando el placer se concreta, pero sin alcanzar un punto de éxtasis, lo sentimos como un goce tranquilo, un disfrute fluido. Expresiones como “Qué agradable...”, “Esto está muy bien”, “Me hace bien...” o “Se siente bien” reflejan este nivel de placer con movimientos lentos, sonrisas suaves y respiraciones profundas. Es un disfrute más tranquilo, donde la experiencia se integra de manera armónica sin necesidad de una reacción explosiva.

Finalmente, en ese nivel el placer puede desembocar en una completa placidez, en la que el bienestar es discreto pero profundo. Frases como “Estoy tranquilo”, “Eso estuvo bien”, “Quedé a gusto” o “No necesitaba más” expresan este estado en el que el cuerpo adopta una postura de descanso, con respiración nasal lenta y una experiencia de conexión con uno mismo. En estos casos, el placer no se manifiesta en la efusividad, sino en la estabilidad, la calma y la plenitud.

La Tabla 1 sintetiza la relación entre estos dos parámetros de intensidad y fase temporal.

Tabla 1

Expresiones ordinarias relacionadas con el placer, de acuerdo con su evolución temporal

| | | EVOLUCIÓN TEMPORAL | | |
|-------------------|--------------|--|--|---|
| | | Deseo (anticipación) | Disfrute | Satisfacción |
| | | -Deseo intenso (<i>craving</i>) -Euforia anticipatoria -Excitación anticipatoria -Desespero -Urgencia. | Éxtasis [Expresiones de incredulidad o puras expresiones de descarga - reduce el lenguaje proposicional (gemidos, monosílabos, vocalizaciones no verbales)] -Gratificación -Plenitud -Goce -Deleite | -Satisfacción -Plenitud -Bienestar -Gratitud -Placidez -Saciedad |
| INTENSIDAD | Mayor | "¡No veo la hora!" "Estoy que me..." "Me urge..." "No me aguanto..." "Me muero por..." "Solo espera..." "No aguanto más..." "Estoy que exploto" "Estoy desesperado" Todos los anteriores con prosodia acelerada, énfasis vocal, agitación corporal, | "Qué rico..." "Por fin..." "No pares..." "Sí, justo así..." "Esto es increíble" "No puedo más" "Uff..." "Oh..." "Me encanta" "Muy bien" "Perfecto" "Más" "Para" "Mmmm" "Delicioso" | "Fue genial" "Valió la pena" "Necesito un momento" "Increíble" "Podría morir tranquilo" "Fantástico" "Uff" "No puedo más" "Me siento tranquilo" "No me quiero mover" "Podría hacer esto todo el tiempo" "Me dejaste temblando" Todos los anteriores acompañados de prosodia |

| | | | | |
|--|---------------------|---|---|---|
| | | <p>miradas intensas o movimientos repetitivos (como saltar o mover las manos)</p> | <p>“Excelente”</p> <p>Dependiendo del evento placentero, todos los anteriores acompañadas con prosodia entrecortada, prolongada, susurrante o exclamativa.</p> <p>Cierre o torsión de los ojos. Movimientos espasmódicos, lentos o rítmicos.</p> <p>Gestos de entrega corporal (relajación, arqueo, caída del cuerpo).</p> <p>A veces incluso risa, lágrimas o gritos</p> | <p>suave, descendente, más pausada.</p> <p>Cierre de ojos, sonrisa ligera, exhalaciones largas.</p> <p>Quietud corporal o estiramientos lentos.</p> <p>Posturas de descanso, brazos abiertos o manos sobre el pecho.</p> |
| | <p>Menor</p> | <p>También llamado: Anhelos</p> <ul style="list-style-type: none"> - Deseo tranquilo - Ilusión moderada - Expectativa sin urgencia - Curiosidad placentera <p>“Deseo que...”</p> <p>“Me gustaría...”</p> <p>“Espero...”</p> <p>“Qué rico sería...”</p> <p>“Quisiera probar...”</p> <p>“He estado pensando en...”</p> <p>“Podría ser que...”</p> <p>“Qué ganas de...”</p> <p>“Suena bien...”</p> <p>“Qué tal si...”</p> | <p>También llamado: Goce</p> <ul style="list-style-type: none"> - Goce tranquilo - Flow o fluidez - Disfrute silencioso <p>“Qué agradable...”</p> <p>“Esto está muy bien”</p> <p>“Qué rico esto...”</p> <p>“Me gusta así...”</p> <p>“Ah, qué bueno...”</p> <p>“Así está rico”</p> <p>“Me hace bien...”</p> <p>“Se siente bien”</p> <p>“No está mal”</p> <p>Respiración lenta y profunda</p> <p>Cierre parcial de los ojos</p> <p>Sonrisa suave y sostenida</p> <p>Movimientos lentos o</p> | <p>También llamado Placidez discreta</p> <ul style="list-style-type: none"> Reconexión Tranquilidad Bienestar Compleitud <p>“Eso estuvo bien”</p> <p>“Qué bueno fue...”</p> <p>“Estoy tranquilo/a”</p> <p>“Me siento bien”</p> <p>“Quedé a gusto”</p> <p>“Eso era justo”</p> <p>“No necesitaba más”</p> <p>“Estuvo en su punto”</p> |

| | | | | |
|--|--|---|---|---|
| | | <p>Sonrisa leve Mirada hacia el horizonte o ligera concentración Postura abierta Tono de voz más bajo, pero con calidez Suspiros suaves o inspiraciones prolongadas</p> | <p>pausados Tacto afectivo (acariciar una superficie, autotoque)</p> | <p>Apoyo corporal (recostarse, cruzar los brazos en el pecho) Silencio cómodo Respiración nasal lenta Mirada baja o hacia adentro Disminución del tono muscular</p> |
|--|--|---|---|---|

Nota. La tabla organiza ejemplos de expresiones espontáneas según la fase temporal del placer (deseo, disfrute y satisfacción) y su intensidad percibida (mayor o menor).

1.1.1 Hacia una Noción Tentativa de Placer Extraída del Lenguaje Ordinario

Según los usos ordinarios analizados, hablamos de placer cuando nos encontramos en una situación en la que buscamos estar, mantenernos temporalmente, y repetir respecto de la interacción con un objeto u evento, que en adelante se le denominará objeto u evento placentero (O/EP). El concepto cotidiano de “experiencia” describe esa situación funcional en primera persona, y dado que entendemos que la experiencia no es diferente del comportamiento sino una de las facetas desde las cuales puede describirse, la usaremos en ese sentido a lo largo del documento cuando su uso convenga para la claridad narrativa.

Algunos de los parámetros relevantes del placer, según lo analizado, son:

Naturaleza del O/EP: objeto o evento que desencadena actividades consumatorias, como por ejemplo, comida, bebida, sustancias, actividades estimulativas, patrones perceptuales de distintas modalidades, etc. No hay nada inherente a un objeto u evento que lo haga placentero, sino su relación con condiciones motivacionales particulares, ya sea de tipo biológico, psicológico o social.

Intensidad: se refiere a la magnitud de la actividad implicada en la anticipación, el disfrute y la satisfacción post-disfrute, y podría medirse en esfuerzo implicado, latencia de respuesta, frecuencia de la actividad, tiempo dedicado, fuerza de las expresiones lingüísticas, etc.

Familiaridad: se refiere al grado en el que el O/EP es conocido o novedoso.

Sorpresa: se refiere a la probabilidad de ocurrencia de un O/EP, que puede ser conocido o novedoso.

El placer no puede explicarse desde un solo nivel de análisis. Para comprenderlo, es necesario considerar diversos aspectos: biológicos, sociales y psicológicos. Desde el punto de vista biológico, el placer involucra procesos fisiológicos, genéticos, anatómicos y las funciones vitales del organismo. En lo social, se refiere a las interacciones humanas que se desarrollan en grupos y culturas, así como las normas, roles y estructuras dentro de una sociedad que definen criterios sobre lo que debe ser o suele ser lo placentero. Por último, lo psicológico hace referencia al cambio en las propiedades funcionales de los eventos en la historia individual.

1.2 La Dimensión Biológica del Placer

Aunque la neurociencia afectiva ha avanzado en el estudio sobre la biología del placer, aún no existe una comprensión plenamente desarrollada sobre los procesos cerebrales vinculados. Según Berridge y Kringelbach (2013), el conocimiento de los mecanismos cerebrales implicados en el afecto sigue siendo limitado, pues las investigaciones disponibles sugieren que distintos aspectos del placer se correlacionan con diferentes funciones neurológicas. Aunque los distintos tipos de placer se experimentan de manera diferente, Berridge y Kringelbach (2013) señalan que todos comparten una base cerebral común. Según los autores, existe una amplia superposición en las regiones que se activan durante experiencias placenteras, lo que sugiere la presencia de un circuito mesocorticolímbico compartido o una “moneda neural común”. No obstante, dentro de esa arquitectura general, cada modalidad de placer presenta variaciones sutiles en su expresión y en la participación relativa de ciertas áreas corticales y subcorticales.

Los primeros estudios sobre el sistema de recompensa cerebral asociados al placer fueron realizados por Olds y Milner (1954), quienes pensaban haber encontrado un “centro del placer”. Sin embargo, investigaciones posteriores demostraron que en realidad estaban observando mecanismos de motivación más que de placer, pues, mostraron que la dopamina cerebral y la estimulación mediante los llamados “electrodos del placer” no generan placer en sí mismo, sino una forma de deseo o motivación orientada a obtener la recompensa o la estimulación, lo que sugiere procesos neurales diferentes para la anticipación del evento placero y para su disfrute (Berridge & Kringelbach, 2008). A partir de ello, otros autores ampliaron esta línea de investigación. Por ejemplo, Apitz y Bunzeck (2014) estudiaron la anticipación de la recompensa, mientras que Berridge y Kringelbach (2003; 2015; 2018) propusieron una visión más integral al identificar tres componentes del placer: *liking* (disfrute), *wanting* (deseo) y *learning* (aprendizaje). Más recientemente, Williams (2024) propuso un modelo más detallado que distingue cinco fases dentro de la experiencia placentera: *wanting* (deseo anticipado), *pleasure* (placer consumado), *pursuit* (búsqueda activa), *satisfaction* (satisfacción inmediata) y *reinforcement* (refuerzo posterior al placer).

En el presente análisis proponemos que es suficiente considerar tres fases: el disfrute (*liking*) o consumo en acto del O/EP, la satisfacción del consumo (*satisfaction*), y la búsqueda

anticipatoria (*wanting*) del O/EP después del paso del tiempo. Consideramos que es innecesaria la distinción entre deseo y búsqueda activa de Williams (2024), pues no son dos fases distintas sino dos aspectos de la misma. Así mismo, pensamos que el aprendizaje y el refuerzo no son fases sino resultados del proceso descrito por las tres fases mencionadas anteriormente. A continuación, las desarrollamos.

El *liking* (Berridge & Robinson, 2003) o *pleasure* (Williams, 2024), que a partir de este punto identificaremos como *disfrute*, es la experiencia de placer en sí misma al consumir el OE/P, como saborear un postre o escuchar nuestra canción favorita. Este disfrute correlaciona principalmente de opioides endógenos (*mu*, *delta*, *kappa*), endocannabinoides y GABA, que actúan en los *hotspots* del núcleo accumbens y el pálido ventral para intensificar el disfrute (Berridge & Kringelbach, 2008, 2015). Según estos autores, el *disfrute* se amplifica cuando los *hotspots* son estimulados por neurotransmisores opioides como las encefalinas, las endorfinas y la anandamida (versión endógena del principio activo del cannabis) (Berridge & Kringelbach, 2008, 2015). Estas regiones subcorticales amplifican de forma automática el disfrute, diferenciándose de los circuitos dopaminérgicos del *deseo*, responsables de la motivación por obtener la recompensa (Berridge & Kringelbach, 2008, 2015). En suma, ambos procesos operan dentro de la misma red de recompensa, pero se diferencian neuroquímicamente: la dopamina correlaciona con el *deseo* o anticipación, mientras que los sistemas opioide y endocannabinoide sustentan el *disfrute* (Berridge & Kringelbach, 2015).

Después del disfrute deviene la *satisfacción*, es decir un estado que refleja tanto la gratificación inmediata tras consumir el OE/P, así como el equilibrio entre el esfuerzo invertido y la magnitud de la recompensa obtenida. Esta fase es modulada principalmente por el núcleo accumbens (NAc), que integra señales del sistema mesolímbico y mesocortical, implicados en el balance costo-beneficio de las acciones y en la regulación del balance energético, procesos críticos para la homeostasis (Williams, 2024). A nivel cortical, la ínsula anterior, la corteza orbitofrontal (OFC) y la corteza prefrontal ventromedial (vmPFC) integran vías sensoriales y emocionales que regulan el ciclo hedónico (Williams, 2024).

El *wanting*, que bien podemos llamar deseo, se entiende como la búsqueda anticipatoria del OE/P. Según Williams (2024), el neurotransmisor implicado en esta fase es la dopamina confirmado por el estudio de Apitz y Bunzeck (2014), centrado específicamente en esta fase. Como

los autores reportan, se observaron respuestas muy tempranas (≈ 100 ms) ante señales que anticipan una recompensa, incluso antes de que se produjera. Estas respuestas se acompañan de una modulación dopaminérgica que ajusta la sensibilidad de regiones visuales tempranas, como la corteza occipital primaria (V1) y el área V4, lo que sugiere una participación del sistema dopaminérgico en la preparación perceptiva frente a eventos con valor motivacional. Además, al administrar levodopa, un precursor de dopamina, las señales de probabilidad de recompensa desaparecieron y se redujo la potencia de las oscilaciones beta (13–30 Hz) durante la anticipación y la entrega de la recompensa, confirmando el papel crítico de la dopamina. De acuerdo con Berridge y Kringelbach (2015), el deseo constituye una forma de motivación impulsada por la actividad dopaminérgica del sistema mesolímbico, que no genera placer por sí misma, sino que modula la búsqueda para obtenerlo.

1.2.1 Etología y Placer

El placer ha evolucionado como un mecanismo clave para motivar comportamientos que son esenciales para la supervivencia, como encontrar alimento, formar vínculos sociales y reproducirse (Williams, 2019). En los animales, estos comportamientos básicos están guiados por recompensas que han sido relevantes en su filogenia; “Nonhuman animals enjoy food, water, and sex; they want to rest when tired; they are soothed by affection, and so on. They like what evolutionary biology says that they should like.” [disfrutan de la comida, el agua y el sexo; quieren descansar cuando están cansados; se sienten reconfortados por el afecto, y así sucesivamente. Les gusta lo que la biología evolutiva dice que deberían gustarles] (Bloom, 2010, p. 29). Esto está en sintonía con la observación de Romanes (1884, citado en Bloom, 2010), quien afirmó que “Pleasure and pain must have been evolved as the subjective accompaniment of processes which are respectively beneficial or injurious to the organism, and so evolved for the purpose or to the end that the organism should seek the one and shun the other.” [El placer y el dolor surgieron como experiencias internas asociadas a procesos que resultan útiles o dañinos para el organismo, y evolucionaron con la finalidad de motivarlo a buscar lo beneficioso y evitar lo perjudicial] (p. 28)

La evidencia etológica sugiere varias conductas que se repiten incluso cuando no responden a una necesidad inmediata, y suelen emerger en contextos donde el bienestar está asegurado, como

el juego, la exploración o el contacto social. En este marco, el placer no se define solo por sus correlatos neurobiológicos, sino también por patrones conductuales que reflejan búsqueda activa de interacción con eventos en entornos libres de amenaza o estrés (Held & Špinko, 2011). Por ejemplo, el comportamiento lúdico aparece de forma espontánea en condiciones de bienestar y cesa ante el estrés, lo que sugiere un valor intrínseco de disfrute. Así, sugiere una expresión etológica privilegiada del placer animal.

Esta idea ha sido desarrollada ampliamente por Balcombe (2009), quien propone cinco áreas clave del comportamiento animal en donde pueden evidenciarse modalidades de placer:

Juego: Se presenta en condiciones de bienestar y se interrumpe ante el estrés. Su carácter espontáneo y autorregulado sugiere una función placentera independiente de fines adaptativos inmediatos.

Alimentación: Muchos animales eligen alimentos por sabor más que por necesidad nutricional.

Sexo: Se ha documentado actividad sexual no reproductiva, incluyendo masturbación y conductas homosexuales.

Contacto físico: Especies como primates, cetáceos y ratas buscan activamente el tacto, el acicalamiento o las caricias.

Otros placeres: Se observan conductas como buscar confort térmico, explorar el entorno o mostrar curiosidad, incluso en ausencia de necesidad. Esto apunta a una vida emocional más compleja y rica que sólo el contacto sensorial con un OE/P.

Estos comportamientos indican que el placer puede estudiarse como un patrón conductual consistente. Su aparición bajo condiciones específicas y su recurrencia permiten considerarlo un aspecto complejo del comportamiento más allá de la mera respuesta instintiva.

En los seres humanos, este sistema de recompensas se ha vuelto más sofisticado, extendiéndose a aspectos sociales complejos que fortalecen las relaciones y promueven la cohesión grupal, ambos elementos críticos para la supervivencia de nuestra especie. Esto resalta el papel central del placer en la formación de relaciones humanas estables y significativas, las cuales son fundamentales para la cohesión social y el bienestar colectivo. Williams (2019) afirma que “Humans are genetically predisposed to experience hedonic responses to a limited number of stimuli, without any prior learning.” [los humanos están genéticamente dispuestos a

experimentar respuestas hedónicas ante un número limitado de estímulos, sin aprendizaje previo”] (p. 162). Entre ellos se incluyen la búsqueda del sabor dulce, del calor cuando la temperatura corporal es baja, la estimulación genital durante el sexo consensuado, y la aversión al daño o al esfuerzo físico innecesario, todas consideradas adaptaciones evolutivas que favorecieron la supervivencia y la reproducción. Según Kováč (2012), con la aparición de la posibilidad humana de referirse a su propio comportamiento, como lo describen términos como “autoconciencia”, se originaron formas únicas de placer consciente que trasciende las recompensas biológicas simples, como los placeres simbólicos y culturales: el arte, la música o la búsqueda de pertinencia que, aunque parecen alejados de la biología, se basan en circuitos cerebrales de recompensa preexistentes. Esto desemboca en la dimensión social del placer, que analizaremos enseguida.

1.3 La Dimensión Social del Placer

La dimensión social del placer resalta dos aspectos cruciales: 1) su carácter arbitrario, convencional e idiosincrático; y 2) el establecimiento de criterios morales y éticos respecto de la vivencia del placer de cara a lo que considera una buena vida personal y social.

Respecto a lo primero, diversos ejemplos ilustran cómo lo que una cultura considera placentero, otra puede considerarlo como desagradable o irrelevante. Esta variabilidad pone de relieve que el placer no puede reducirse a una experiencia puramente biológica o universal (Gastón-Breton et al., 2021; O’Connor & Klaus, 2000; van der Deijl, 2018).

1.3.1 La Idiosincrasia del Placer

Por ejemplo, la preferencia por el picante en la comida, muy valorada en culturas como México e India (Rozin & Schiller, 1980), contrasta con su menor aprecio en Japón o Escandinavia (Trachootham et al., 2018; Forsberg et al., 2022). Igualmente, el dolor puede convertirse en fuente de placer en contextos como el de los Sadhus en India o las ceremonias del Festival Vegetariano en Phuket, donde caminar sobre brasas o perforar el cuerpo se vive como un acto de elevación espiritual y personal (Gastón-Breton et al., 2021). Sin embargo, otras culturas tienden a ver el dolor como un mal que debe evitarse, asociándolo con conceptos espirituales o morales como el castigo

o el pecado. Esto refleja cómo los criterios de placer y dolor son socialmente construidos y dependen de convenciones culturales más que de fundamentos biológicos inmutables (Okolo et al., 2024).

El contacto físico también revela estas diferencias: el estudio de Suvilehto et al. (2019) mostró que los participantes británicos reportaron mayor agrado hacia el contacto social en comparación con los japoneses. Es decir, en el Reino Unido el contacto físico es visto como más placentero y aceptable que en Japón. De forma similar, Rucynski (2023) documenta cómo las expresiones de humor que funcionan en ciertos contextos culturales pueden generar malentendidos en otros, mientras que Jiang et al. (2019) evidencian cómo la comprensión y el uso del humor difieren entre culturas orientales y occidentales. Ramírez-Esparza et al. (2024) amplían esta comprensión cultural al ámbito sonoro, revelando que los estudiantes latinos, influenciados por normas colectivistas que valoran la cercanía social y la expresividad grupal, reportan mayores niveles de exposición al ruido, en particular a música a volumen alto en comparación con estudiantes de herencia europea, lo cual sugiere que la percepción del volumen musical también está profundamente entrelazada con valores culturales y expectativas de convivencia.

Esta diversidad pone en evidencia que el placer responde a valores, normas y sistemas simbólicos. Así, además de lo cultural, muchas tradiciones religiosas y filosóficas han intentado normar y encauzar el placer a través de criterios éticos y metafísicos sobre lo que constituye una “buena vida”.

1.3.2 Los Criterios Morales y Éticos Respecto al Placer

Con respecto a los criterios morales (personales) y éticos (impersonales) de la vivencia placentera, encontramos una variedad de posturas filosóficas y religiosas que han atravesado la historia y que, incluso hoy en día, siguen teniendo repercusiones. Muchas personas a lo largo del tiempo han reflexionado sobre el placer en términos de estos criterios.

Toda reflexión moral y ética parece partir del reconocimiento de que la vida misma se estructura permanentemente entre los polos de lo apetitivo (placentero, en cierto sentido) y lo aversivo (doloroso, en cierto sentido). En esta línea, Bentham (1789) Señala que la naturaleza ha sometido a los seres humanos al dominio de dos fuerzas fundamentales: el placer y el dolor, y

sostiene que son ellas las que determinan tanto lo que debemos hacer como aquello que finalmente hacemos. Sostiene que estos dos principios rigen todos los aspectos de la conducta humana, y que cualquier intento por escapar de su influencia no hace más que confirmar su poder. Incluso quien pretenda rechazar su autoridad sigue, en realidad, estando sometido a ella. A pesar de tal reconocimiento de la omnipresencia de los polos placentero y doloroso de los eventos de la vida, existen criterios diversos sobre su lugar en la búsqueda de una buena vida. Es frente a esto que se reconocen diferentes posturas, que podemos clasificar en tres formas principales:

Una primera postura equipara vivir a partir del placer con una lógica de gratificación inmediata, sosteniendo que las acciones deben evaluarse según la cantidad de placer que producen. Esta visión ha sido defendida por figuras literarias como Oscar Wilde, quien afirma: “El placer es la única cosa por la que uno debería vivir. Nada envejece tanto como la felicidad” (Wilde, 1894/2019, p. 49). En esta afirmación se expresa un ideal de vida centrado exclusivamente en el goce, entendido como principio vital por encima de cualquier otro valor. Una visión más radical de esta postura puede encontrarse en el pensamiento del Marqués de Sade, quien declara: “Escucha solo estas deliciosas incitaciones, porque ninguna voz salvo la de las pasiones puede conducirte a la felicidad” (Sade, 1795/2019, p. 3). Para Sade, el placer debe seguirse sin restricciones ni mediaciones racionales, y cualquier límite impuesto al deseo sería una traición a la naturaleza misma del ser humano. Desde esta perspectiva, el placer no requiere justificación moral ni aplazamiento.

Aristipo, quien para algunos sentó las bases de las concepciones hedonistas que se desarrollarían posteriormente, fue un filósofo estudiante y contemporáneo de Sócrates que defendió que el placer constituye el fin supremo de la vida (*telos*), aunque no se limita exclusivamente a lo corporal, sino que abarca una amplia gama de experiencias. Aristipo sostenía que debe buscarse el placer inmediato y actual, sin postergar su disfrute en función de beneficios futuros, pues consideraba que solo el presente está verdaderamente a nuestro alcance. En este sentido, promovía una forma de gratificación directa, donde el goce del momento prevalece como criterio ético. Según lo expuesto por Urstad (2009), el filósofo también sostenía que el disfrute auténtico del placer exige autodominio, control racional y autosuficiencia, por lo que su pensamiento no se opone a la virtud, sino que puede integrarse con ella.

Una segunda forma de comprender el placer se centra en su vínculo con el bienestar personal y el equilibrio interno, más que en la mera acumulación de experiencias placenteras. El placer relacionado con el bienestar personal directamente con el balance entre placer y dolor a lo largo de la vida encuentra una expresión clara en el epicureísmo. Para esta escuela, el placer se entiende como una condición de equilibrio atómico entre cuerpo y alma, que genera bienestar. Esta experiencia puede ser estable (*katastemática*), cuando refleja un estado armónico sin perturbaciones, o dinámica (*cinética*), cuando implica una estimulación externa que mantiene ese equilibrio. Ambos tipos de placer guían la acción humana al indicar qué debe buscarse o evitarse para preservar la salud física y psíquica (Lobel, 2017). En este sentido, Epicuro aclara que el placer no debe entenderse como entrega al exceso, sino como una condición de serenidad integral: “no nos referimos a los placeres de los disolutos ni a los que consisten en sensualidad, sino a la ausencia de dolor en el cuerpo y de perturbación en el alma” (Epicuro, 1926/2023, p. 3). La visión epicureísta nos muestra una comprensión del placer orientada hacia la estabilidad y la serenidad, más que hacia la gratificación inmediata. Por ello, puede relacionarse más adecuadamente con el concepto de felicidad, en tanto que privilegia una forma de disfrute sostenida en el tiempo, basada en la calma y la moderación, antes que en la búsqueda constante de nuevas sensaciones como se devela en la primera postura.

Aunque el placer suele asociarse con lo sensorial, no se limita al ámbito físico. Las experiencias místicas han sido descritas como formas de gozo extático profundamente espiritual. San Juan de la Cruz, en su *Cántico espiritual*, afirma que las heridas provocadas por el amor divino son tan dulces y sabrosas que el alma desea que se profundicen hasta consumirla por completo, como una entrega total al goce espiritual (1584/2015). Por su parte, Santa Teresa de Jesús describe el éxtasis como un “delicioso trato con Dios en amor íntimo”, acompañado por la “nobilísima y encantadora compañía de los ángeles” (Teresa de Jesús, 1969., p. 18). Ambas visiones muestran cómo el placer puede experimentarse como una exaltación vinculada con funciones altamente idiosincráticas e inespecíficas.

Esta misma búsqueda de equilibrio se refleja en el hedonismo cristiano, formulado por John Piper (2012), quien define el placer como una satisfacción profunda y gozosa que el ser humano experimenta al contemplar la gloria de Dios en Cristo. Este goce no es meramente emocional o físico, sino una experiencia transformadora que orienta la vida hacia la adoración. Para Piper,

deleitarse en Dios no es un añadido opcional, sino un deber esencial, pues Dios alcanza su máxima gloria cuando el ser humano encuentra en Él. Aunque distantes en su fundamento, tanto el epicureísmo como esta visión cristiana del placer coinciden en comprenderlo como una forma de equilibrio que trasciende el mero disfrute sensorial.

Finalmente, una tercera postura invierte el énfasis: en lugar de maximizar el placer, propone minimizar el sufrimiento como objetivo vital. Vivir a partir de minimizar el sufrimiento más que maximizar el placer implica reconocer que el dolor, más que el goce, constituye la experiencia más inmediata y constante de la existencia. Esta postura sostiene que reducir el malestar conduce a una vida más estable y lúcida. En consonancia con ello, Arthur Schopenhauer afirma que “...the negative nature of all satisfaction, thus of all pleasure and all happiness, in opposition to the positive nature of pain.” [...toda satisfacción, así como todo placer y toda felicidad, tiene una naturaleza negativa, en oposición a la naturaleza positiva del dolor] (1819/1883, p. 691).

Una concepción semejante puede encontrarse en el budismo primitivo, donde también se privilegia la liberación del sufrimiento por encima de la búsqueda del placer. Según Polak (2023), en el *Nibbānasukha-sutta*, el placer supremo (*sukha*) consiste precisamente en la cesación del deseo, la percepción y el sufrimiento. Así entendido, el *nibbāna* representa un “placer negativo”, definido no por la intensidad de una experiencia placentera, sino por la liberación total del proceso condicionado de la existencia. En ambos casos, el dolor se asume como un dato fundamental de la vida, y el camino hacia la sabiduría o la liberación implica su progresiva disolución, más que su negación o compensación mediante el goce.

Además de las corrientes que consideran el placer como guía de vida, existen pensadores que, si bien reflexionan sobre él, no lo colocan como eje central de la existencia sino como una consecuencia posible de involucrarse en determinadas actividades que se buscan. Una figura clásica que abordó el placer de esta manera fue Platón, quien, por medio del diálogo *Filebo*, expone cómo Sócrates presenta el placer como una afección que surge del restablecimiento del equilibrio en un ser compuesto de cuerpo y alma: “cuyo restablecimiento produce el placer con el orden, y cuya dislocación produce el desorden con el dolor” (Platón, 1871, p. 13). Para Platón, el placer no es una realidad simple ni autosuficiente, pues “el placer no es más que un fenómeno, un accidente, cuya naturaleza participa de lo indeterminado” (Platón, 1871, p. 15), y solo existe si hay conciencia

de él, ya que “la idea de un placer que experimentamos sin saberlo equivale a la negación del placer mismo” (Platón, 1871, p. 10).

De manera distinta, Aristóteles, según Wolfsdorf (2013), no concibe el placer como un proceso de restauración del alma ni como generación de algo nuevo. En cambio, lo define como la activación plena, continua y no impedida de una disposición natural. Estas disposiciones pueden manifestarse en distintas facultades del alma: en la percepción sensorial (*aisthesis*), cuando los sentidos operan en condiciones óptimas; en el carácter ético (*ethikê aretê*), cuando se actúa con virtud; y en la actividad intelectual (*nous*), cuando se contemplan verdades elevadas. En todos estos casos, el placer surge no como reparación de una carencia, sino como el resultado natural del funcionamiento perfecto del ser.

En una línea más contemporánea, según Wolfsdorf (2013) Ryle sostiene que el placer no debe entenderse como una sensación corporal, emoción o estado de ánimo, sino como una forma de atención espontánea y absorbente. Para él, “pleasure is not a sensation, emotion, or mood, but a kind of attention like absorption or being occupied by something without resistance.” [placer no es una sensación, emoción o estado de ánimo, sino un tipo de atención como la absorción o estar ocupado por algo sin resistencia] (p. 219). En este sentido, disfrutar no es experimentar algo pasivamente, sino implicarse activamente en una actividad de forma natural y sin esfuerzo.

Por su parte, William Alston y Warren Quinn ofrecen una concepción disposicional del placer. Para ellos, “To get pleasure is to have an experience [that], as of the moment, one would rather have, on the basis of its felt quality, apart from any further considerations regarding consequences.” [obtener placer equivale a tener una experiencia que uno preferiría tener sobre la base de su cualidad sentida, aparte de cualquier otra consideración respecto a consecuencias] (Wolfsdorf, 2013, p. 225). Esta preferencia momentánea caracteriza su enfoque motivacional. Quinn, en cambio, entiende el placer como una disposición compleja y a corto plazo a mantener una experiencia por sí misma (Wolfsdorf, 2013). Ambos coinciden en rechazar que el placer consista en una cualidad fenoménica única y sostienen que es mejor entenderlo como una actitud disposicional hacia ciertas experiencias.

En suma, tanto las concepciones culturales como las reflexiones filosóficas y religiosas muestran que el placer no es una categoría neutra ni unívoca, sino una noción profundamente

contextual e histórica. Su significado, valor y legitimidad dependen de los marcos normativos, lingüísticos y existenciales en los que se inscribe.

1.4 La Dimensión Psicológica del Placer

1.4.1 Sobre el Nivel de Análisis Psicológico

Siguiendo a Pérez-Almonacid (2025), el nivel de análisis psicológico puede definirse como la funcionalidad que adquieren los objetos y eventos en la vida del individuo como resultado de las relaciones que establecen con otros eventos. Esto también aplica al análisis del placer, ya que nada es placentero o displacentero en sí mismo sino una función establecida a lo largo del desarrollo individual, que como vimos anteriormente tiene una base biológica y está contextualizada socialmente. Los procesos por los que un evento deviene placentero en la vida de un individuo son los mismos por los que cualquier evento adquiere otra función.

Como lo abordamos previamente, el placer se despliega en un ciclo temporal compuesto por tres fases funcionales: el *disfrute*, la *satisfacción* posterior y el *deseo* de volver a disfrutarlo. Esta organización permite comprender el placer no como un evento aislado, sino como dinámico. Si bien estas fases pueden organizarse en una secuencia, no siempre ocurren de forma lineal ni en su totalidad: es posible, por ejemplo, experimentar *disfrute* sin que haya existido un *deseo*. Este modelo, por tanto, no solo describe una progresión típica, sino que permite identificar variaciones.

Los comportamientos descritos por Balcombe (2009) pueden entenderse como formas organizadas de relación con OE/P, que se ajustan a las distintas fases del ciclo del placer. El juego, por ejemplo, suele ir precedido de aproximaciones corporales que anuncian una interacción placentera (*deseo*), se sostiene a través de respuestas corporales visibles de *disfrute* y tiene un periodo de declive (*satisfacción*). Lo mismo ocurre con la búsqueda de caricias, la exploración o el disfrute hedónico de alimentos, que se presentan con regularidad cuando el entorno es seguro y las necesidades básicas están cubiertas. Aunque estas fases no aparecen siempre de forma lineal ni completa, su recurrencia permite describir configuraciones conductuales estables.

En la medida en que se reconoce el ciclo temporal del placer como una dinámica seleccionada evolutivamente, es pertinente realizar el análisis de su dimensión psicológica en el contexto de esas fases.

1.4.1.1 Disfrute

El disfrute puede surgir por exposición a estímulos incondicionados apetitivos, pero también por estímulos condicionados que adquirieron valor hedónico, por reforzamiento directo de conductas placenteras o por relaciones del lenguaje aprendidas. Sin embargo, las funciones hedónicas de los eventos que se disfrutan son propiedades de segmentos de diferente naturaleza; es decir, lo que produce placer puede ser un estímulo discreto, una propiedad de un estímulo, un evento más o menos molar, una escena, etc. De este modo, la segmentación funcional del evento hedónico es en sí mismo un asunto que merece analizarse psicológicamente.

La segmentación funcional de evento hedónico: para que pueda responderse a algo como un evento en sí mismo debe ser saliente perceptualmente. La saliencia del estímulo se refiere al grado en que un estímulo discriminativo (SD) difiere de la estimulación de fondo (Halbur et al., 2021). Cuando hablamos de saliencia perceptual, nos referimos a la magnitud de la diferencia entre el estímulo objetivo y la estimulación de fondo, la cual influye directamente en la atención dirigida hacia dicho estímulo. En este sentido, la saliencia puede modificar los umbrales de detección afectiva, es decir, los niveles mínimos a partir de los cuales algo se responde a algo como apetitivo o aversivo. Alteraciones en estos umbrales pueden observarse en fenómenos como la, así llamada, anhedonia (disminución de la capacidad para experimentar placer) Buchbinder (2017), o el hedonismo desbordado (búsqueda excesiva de gratificación), donde hay sub-reacción o sobre-reacción, respectivamente, frente a eventos apetitivos.

El segmento funcional que se disfruta se configura por su relación con otros eventos en la vida individual. El postre que deleita puede ser placentero por su textura, por su color, por su sabor, o por todo eso en conjunto, e incluso, por el hecho mismo de que sea servido por una persona particular. La saliencia de esas propiedades hedónicas facilita tu detección, discriminación e identificación (Cohen, 2001), y es sobre eso que el individuo responde proporcional o

desproporcionadamente respecto de la intensidad del evento. Su comprensión contribuirá a entender cómo operan en el caso de eventos placenteros.

Detección: Se refiere a advertir que algo ocurre y, por ende, ser reactivo diferencialmente a esa ocurrencia. Esto se relaciona con el concepto de umbral mínimo de intensidad, que se refiere al valor a partir del cual un evento es detectable para un individuo. Esto no implica, necesariamente, su identificación. Por ejemplo, El roce suave de una mano sobre el hombro. El hecho de notar ese contacto inicial, sin precisar aún su fuente, corresponde a la detección. O el repentino aroma de una fragancia agradable en el aire.

Discriminación: Es la diferenciación entre dos estímulos. Se mide por medio del umbral diferencial, entendido como el valor mínimo a partir del cual se responde a un evento como diferente de otro en intensidad, duración o cualidad. Por ejemplo, percibir que quien me acaricia lo hace con la mano y no con otro objeto, gracias a diferencias en temperatura, forma o textura. O Distinguir entre dos tipos de música: una que relaja y otra que resulta neutra o incluso molesta.

Identificación: En este caso, el observador particulariza un evento dentro de un conjunto. Es decir, no solo se detecta o se distingue algo, sino que se le da un nombre o se clasifica explícitamente. Por ejemplo, reconocer que es la mano de una persona adulta y conocida la que me acaricia, lo cual intensifica el placer del contacto. O escuchar una voz dulce y saber que se trata de alguien significativo, lo cual puede dotar funcionalmente de afecto un contacto que antes podría ser neutro o aversivo.

Estimación de la magnitud: Se refiere al grado en que la respuesta de un individuo es proporcional a la intensidad de un estímulo, ya sea en propiedades de la respuesta directa a él, o en su valoración o juicio. Por ejemplo, percibir que la presión de la mano sobre mi hombro es leve y agradable, y estimar su intensidad como un “2” en una escala del “1” al “10”. O valor el sabor dulce en un postre placentero como “muy dulce” en comparación con otros.

Relaciones figura-fondo: Según Wertheimer (1923, como se cita en Ellis, 1938), tendemos a identificar como formas los eventos que ofrecen la configuración más clara, estable y coherente posible. Se otorga mayor relevancia a configuraciones dominantes o prototípicas, como los ángulos rectos, las figuras simétricas o los patrones equilibrados. Las formas intermedias, en cambio, suelen verse como versiones imprecisas o inadecuadas de esas estructuras estables. De este modo, lo perceptualmente sobresaliente se privilegia, mientras que lo ambiguo o indefinido se tiende a

descartar. Esta tendencia organizativa facilita el contacto significativo y puede predisponer al individuo a interactuar con esas formas como más agradables que otras. En el caso del placer, esta ley describe cómo determinados objetos o eventos podrían adquirir valor afectivo: aquellos que presentan una estructura clara, ordenada y coherente podrían ser vividos como más placenteros, mientras que los caóticos, ambiguos o disonantes pueden generar rechazo o incomodidad perceptiva. Así mismo, podrían ser detectados, discriminados e identificados más fácilmente.

Alguna evidencia, como la de Flaherty (1982) sugiere que la función hedónica depende del contraste con interacciones recientes. Es decir, un mismo evento puede experimentarse como más o menos placenteros dependiendo de la magnitud hedónica de otro evento reciente. Algo semejante ocurre con el fenómeno denominado como “sombra de recompensa” (Schultz, 2006), según el cual un evento altamente placentero reduce la función hedónica de otros estímulos. Estos fenómenos muestran cómo la función hedónica no depende sólo de las propiedades inherentes al segmento funcional sino de su relación con otros en la situación o en la historia.

Funciones hedónicas por vía pavloviana: Un evento (cualquier segmento funcional) que se disfruta pudo haber obtenido esta propiedad porque se impuso al individuo o como resultado de su búsqueda. En el primer caso, hablamos de un placer emergente, para hacer referencia a experiencias que llegan de forma espontánea, sin ser provocadas deliberadamente: un abrazo inesperado, un aroma agradable en el aire, una sorpresa sencilla pero significativa y que, precisamente por su carácter no anticipado, pueden generar una vivencia especialmente intensa.

Los eventos del contexto que acompañaron esos eventos sorpresivos pueden condicionarse pavlovianamente. A través del condicionamiento pavloviano eventos indiferentes pueden adquirir funciones afectivas placenteras por su contingencia con eventos que ya tienen esa función (Pavlov, 1927). De acuerdo con la clasificación previa, este proceso daría lugar a una modalidad de placer emergente que corresponde con el hecho de que un evento u objeto devenga placentero sin que dependa del esfuerzo por conseguirlo. Esto depende más de la sorpresa que produce su relación confiable con un OE/P, como lo formaliza el modelo de Rescorla y Wagner (1972). Según este modelo, la función de señal de un evento depende de la distancia entre lo esperado según las relaciones probabilísticas históricas y lo que efectivamente sucede. La señal de error de predicción anticipa lo que puede ser placentero y adquiere funciones excitatorias o inhibitorias respecto a lo placentero. Por ejemplo, una canción puede volverse placentera si se ha vinculado con momentos

íntimos; ciertos objetos o palabras pueden adquirir una carga erótica al asociarse con encuentros sexuales satisfactorios; e incluso la lectura puede llegar a disfrutarse si ha hecho en un contexto asociado con el descanso o una compañía valiosa.

Algunos ejemplos de cómo eventos pueden volverse placenteros por vía pavloviana se observan en Finch et al. (2021), donde el disfrute de frutas adquirió efectos reconfortantes al emparejarse repetidamente con sesiones de relajación muscular, y en Zamble et al. (1985), donde estímulos neutros asociados a interacciones sexuales no consumadas en ratas macho llegaron a provocar excitación sexual y acelerar la cópula. En ambos casos, un estímulo inicialmente neutro pasó a generar placer al asociarse con OE/P.

Transferencia de Funciones por Derivación de Relaciones: Además del condicionamiento directo, las funciones de un OE/P pueden extenderse a nuevos objetos u eventos a través de la generalización y la derivación relacional. La generalización ocurre cuando un estímulo similar al original adquiere una función hedónica debido a su semejanza física o funcional con aquel que produjo placer previamente. Por ejemplo, una persona que ha disfrutado intensamente de un perfume puede experimentar placer con aromas similares, aunque no haya tenido contacto directo con ellos en el pasado.

Por otro lado, un objeto u evento que nunca ha sido emparejado directamente con una experiencia gratificante puede adquirir funciones placenteras debido a su relación arbitraria con otros estímulos que sí lo han sido. Este fenómeno se conoce como transferencia de funciones por derivación de relaciones y es algo que ha tratado sistemáticamente la Teoría de los Marcos Relacionales (Relational Frame Theory, RFT). Por ejemplo, si el nombre de alguien está asociado con una buena experiencia amorosa, y luego escucha una canción mencionando ese nombre, la canción puede adquirir funciones congruentes aunque nunca haya estado presente en la experiencia original. Del mismo modo, una prenda de vestir puede adquirir un valor erótico si pertenece o recuerda a una persona con la que se vivieron encuentros sexuales gratificantes, aunque la prenda en sí nunca haya sido parte directa del encuentro. También puede suceder que una palabra o expresión asociada a una situación íntima se vuelva excitante por sí misma al ser evocada en otro contexto. Aquí, la propiedad hedónica del estímulo original se transfiere derivadamente, sin requerir un emparejamiento directo.

Este tipo de aprendizaje permite una expansión compleja de lo que resulta placentero o significativo para el individuo, y contribuye a explicar por qué ciertos símbolos, palabras, lugares o personas pueden generar respuestas afectivas intensas sin experiencia previa directa. En este sentido, tanto la generalización como la transferencia relacional muestran que el placer no solo depende del emparejamiento directo o del refuerzo contingente, sino también de las redes relacionales derivadas en la historia relacional del individuo.

Otra forma en la que se originan funciones hedónicas es por medio de atribución. Esta opera subsumiendo los objetos u eventos dentro de criterios conceptuales o categoriales propios de diferentes prácticas sociales. Por ejemplo, la investigación ha mostrado cómo la forma de presentar un estímulo puede modificar su efecto. Un ejemplo claro es el estudio de Lee et al. (2006), en donde se invitó a personas en bares a probar dos cervezas: una normal y otra con unas gotas de vinagre balsámico. A algunos se les reveló el ingrediente antes de probar, a otros después y un tercer grupo no recibió información. El resultado fue claro: cuando la gente sabía del vinagre antes de probar, la preferencia por esa cerveza bajó casi a la mitad, mientras que quienes lo supieron después la valoraron igual que el grupo que no tenía información. La propiedades lingüísticas, como “tener vinagre balsámico” y el comportarse pertinentemente a ellas, modificó el gusto de algo que en realidad no había cambiado.

En el trabajo de Schmidt et al. (2017), los participantes probaron el mismo vino, pero cada copa venía con diferentes indicaciones verbales de precio mientras se observaba la actividad de su cerebro con fMRI (imagen por resonancia magnética funcional). Cuando se sugería un precio alto, los participantes describían el vino como más agradable y su cerebro mostraba mayor actividad en zonas asociadas al disfrute, como la corteza prefrontal ventromedial (vmPFC), el estriado ventral (incluido el núcleo accumbens) y la corteza prefrontal anterior (antPFC). De forma parecida, Plassmann et al. (2008) ofrecieron vinos idénticos con distintas descripciones de valor mientras registraban la actividad cerebral mediante fMRI (imagen por resonancia magnética funcional). Los vinos presentados como más valiosos fueron descritos como más agradables y provocaron una respuesta más intensa en las áreas cerebrales ligadas al placer, en particular la corteza orbitofrontal medial (mOFC), la corteza prefrontal ventromedial (vmPFC) y la región rostral de la corteza cingulada anterior (rACC), aun cuando el vino era exactamente el mismo.

Así, la evidencia muestra que el placer no depende únicamente de las propiedades físicas del estímulo, sino también de cómo estos son presentados y organizados para el disfrute. En este sentido, Alba y Williams (2012) señalan que lo placentero puede provenir de la interacción entre el producto y los “marcos simbólicos” que lo rodean, lo que muestra que el disfrute hedónico se amplía más allá de las propiedades físicas e involucra propiedades convencionales que acompañan al acto de consumir. En conjunto, estos experimentos demuestran que las palabras y sus funciones convencionales pueden modificar las funciones hedónicas de los eventos, a pesar de que no haya diferencia en el producto en sí mismo.

No sólo las propiedades convencionales de objetos/eventos puntuales pueden modificar el placer. Segmentos más molares como los criterios de prácticas sociales completan, definen lo que es placentero o no. Por ejemplo, el estudio de Christianti, Himawan y Aditya (2019) mostró que los adultos emergentes con mayores niveles de religiosidad reportaron una menor valoración de placer frente a conductas imprudentes. Esto indica que acciones como fumar, beber en exceso o tener sexo sin protección no resultan igualmente atractivas para todos, sino que su valoración depende de su congruencia con criterios personales y religiosos.

1.4.1.2 Satisfacción

El disfrute lleva a una disminución esperable en la magnitud del disfrute. Hay, sin embargo, varios fenómenos relacionados con tal disminución pero que responden a procesos distintos:

Habitación: se entiende como la disminución progresiva de una respuesta conductual ante la repetición de un estímulo en una situación, sin que intervengan procesos de adaptación sensorial, fatiga sensorial o fatiga motora. Este fenómeno puede diferenciarse de dichos procesos mediante la dishabitación, la especificidad del estímulo cuando la respuesta se mantiene frente a otros estímulos distintos, o la recuperación espontánea dependiente de la frecuencia, donde la recuperación es más rápida tras una estimulación de alta frecuencia que tras una de baja frecuencia (Rankin et al., 2009).

Saciedad: tras la sobreexposición disminuye el disfrute y se orienta hacia otros estímulos diferentes (Rolls, Rolls, Rowe, & Sweeney, 1981). Por ejemplo, tras ingerir un alimento hasta la satisfacción, su sabor resulta menos agradable, mientras que otros alimentos continúan siendo

atractivos. Otro ejemplo lo reportan Ballein y Dickinson (1998), cuando reportaron que un animal que aprendió a presionar una palanca para obtener pellets y a tirar de una cadena para obtener una solución de almidón, tras ser saciado con pellets redujo específicamente la conducta de presionar la palanca, pero continuó respondiendo para obtener el almidón.

Adaptación hedónica: hace referencia a la reducción de la activación conductual que había despertado una circunstancia favorable o desfavorable (Frederick & Loewenstein, 1999). A diferencia de la habituación y la saciedad, este proceso se manifiesta en una amplia gama de dominios como la salud, las relaciones, los ingresos o las pérdidas y no se restringe a un estímulo concreto. Por ejemplo, una persona que inicialmente se siente intensamente feliz tras un aumento de salario puede, con el tiempo, regresar a un nivel de satisfacción similar al que tenía antes del cambio, debido al ajuste de su punto de equilibrio (ver Timberlake y Allison, 1974).

Familiarización: consiste en el desarrollo de dos propiedades funcionales motivacionales ante un objeto/evento como resultado de su repetición: por un lado, el establecimiento de una valencia atractiva, como algo que no se rechaza o incluso que se busca, porque se obtuvo información suficiente de su inocuidad o neutralidad. Y, por otro, la disminución de la intensidad de la respuesta inicial que provocaba como resultado de la exposición en distintas situaciones. Bornstein (1989) se refirió a la primera, cuando planteó el hecho de que se incrementa, en sus palabras, la “evaluación afectiva positiva” sin dependencia de refuerzos externos, como resultado de la mera exposición.

Tolerancia: se observa en casos como el disfrute de drogas y hace referencia a la disminución progresiva de los efectos positivos iniciales tras la exposición repetida. Según Solomon (1980), y su teoría del proceso oponente, este fenómeno ocurre porque los procesos hedónicos inmediatos (*a-processes*) se debilitan con el tiempo, mientras que los procesos opuestos (*b-processes*), de carácter negativo, tienden a intensificarse y prolongarse. Esta teoría sostiene que todo proceso afectivo primario genera de manera automática un proceso oponente de signo contrario, de inicio más lento y de mayor inercia, que busca restablecer el equilibrio hedónico. Con la repetición, el proceso *a* permanece estable, mientras que el proceso *b* se fortalece con el uso y se debilita con el desuso, de modo que la experiencia emocional neta del organismo en cada momento resulta de la diferencia entre ambos ($|a - b|$).

1.4.1.3 Deseo

Una consecuencia del condicionamiento del OE/P es que dispone que, en adelante, el individuo va a volver a buscarlo o conservarlo. A diferencia del “placer emergente” que caracterizamos previamente, acá se trata de un “placer perseguido”, en el sentido en que la conducta se orienta a preservar el OE/P. Este carácter dirigido vincula esta etapa más con el condicionamiento operante, es decir, aquel proceso en el que el individuo opera sobre el ambiente alterando sus relaciones de dependencia (Skinner, 1938). En términos del proceso descrito por Solomon (1980), tras la interacción con un OE/P se establece la tendencia a repetirlo, pero con la repetición el placer inicial pierde intensidad mientras que el malestar tras su ausencia se incrementa. En este punto, la motivación ya no proviene únicamente del disfrute inmediato, sino del escape de la abstinencia o *craving*, lo cual impulsa la búsqueda del OE/P.

En esta fase, puede entenderse que la búsqueda del OE/P puede variar en la intensidad con que se persigue, lo que Higgins (2006) denomina *engagement*. Este concepto describe el compromiso con la acción, que intensifica la atracción o repulsión independientemente de que el evento sea estrictamente placentero. Así, el *deseo* no es un deseo abstracto, sino una forma de involucramiento motivacional o persistencia en la obtención o preservación del evento. Por ejemplo, alguien que atraviesa la ciudad bajo la lluvia solo para conseguir un café de su marca favorita lo hace, entre otras cosas, porque el compromiso con esa meta intensifica la atracción. El *engagement* describe la búsqueda sostenida, incluso frente a condiciones aversivas. De ahí que, en términos de economía conductual, lo que resulta costoso para un individuo no necesariamente es aversivo sino que puede incrementar su valor apetitivo.

Históricamente se vinculó el condicionamiento operante al aprendizaje de estados “satisfactorios o placenteros” y “displacenteras” (ver Thorndike, 1911). Posteriormente, el trabajo de Skinner consistió en mostrar que no se trataba de propiedades intrínsecas de los eventos que los hacían placenteros o displacenteros, sino de la relación entre ciertas condiciones motivacionales (como la privación) y el establecimiento de contingencias como relaciones de dependencia entre eventos. No fue sino hasta la década de los sesentas y setentas que autores como Premack (1965) y Timberlake y Allison (1974) mostraron que las propiedades reforzantes de un evento se establecían por su participación en una acción (no es la comida sino el comer, por ejemplo), que a

su vez guardaba cierta relación con otra acción. En el caso de Premack (1965) se pensó que la relación relevante era de diferencia probabilística, es decir, que una acción de mayor probabilidad que otra en línea base podría reforzarla si se hacían contingentes. Posteriormente, Timberlake y Allison (1974) mostraron que no eran las probabilidades relativas lo crítico para que un evento fuera reforzante, sino que se privara de una acción respecto de sus niveles basales y se exigiera que otra acción fuera instrumental para conseguir acceso a ese nivel reducido. No importa la morfología o naturaleza biológica de esa acción privada sino su relación con la otra acción respecto de niveles basales.

De este modo, en términos simples, una respuesta puede adquirir valor reforzante si el acceso a ella se restringe por debajo del nivel al que el organismo la emitiría libremente; en ese caso, el individuo está dispuesto a realizar otras conductas para recuperar la oportunidad de emitirla. Decimos, entonces, que el individuo la desea, la busca, la anhela, trabaja por ella. Del mismo modo, una actividad puede tener un efecto punitivo si se obliga a realizarla más de lo que normalmente se desearía; al forzarla por encima del nivel que el organismo tolera, se reduce la probabilidad de que ocurra la conducta instrumental que la produce. Decimos que el individuo no la busca, no le apetece, la evita, y que resulta molesta o displacentera.

Esa relación de desequilibrio recupera un modelo económico para describir el comportamiento (Allison, 1983) y funciona como modelo motivacional. Por su parte, las contingencias o restricciones impuestas sobre ese sistema económico de distribución del comportamiento, describen principios psicológicos que regulan la obtención de placer. Esta búsqueda de placer puede tener tintes de una persistencia obstinada, un trabajo incesante por algo que parece que no se obtiene plenamente. Es el caso del comportamiento adictivo (Rachlin, 2001) que está regulado por contingencias concurrentes cuyos componentes presentan valores que cambian con el tiempo y con el nivel de molaridad del análisis: una opción con un valor hedónico exacerbado cuando está a la mano, disponible inmediatamente, pero que a la larga disminuye, y otra opción cuyo valor hedónico es mínimo en el presente y mayor a largo plazo. La tentación y la impulsividad son conceptos que describen la tendencia a disfrutar lo inminente sin considerar las consecuencias a largo plazo, que en su lugar, se asocian más con la temperancia y el auto-control. Aquí nos topamos con las discusiones filosóficas que se debatían sobre cómo vivir en medio de estos dos polos, uno más asociado al placer y el otro a la felicidad.

El caso del reforzamiento negativo plantea una reflexión interesante y es que describe la búsqueda no de la obtención de un evento hedónico sino de la preservación de una condición placentera o por lo menos plácida. Se presenta en dos modalidades: la evitación de algo y el escape de una condición (Rachlin, 1976). Esto nos permite pensar el placer no sólo como algo que buscamos porque no lo tenemos sino como algo que buscamos preservar y luchamos por no perder aunque sea en niveles moderados.

2 Particularidades del Placer Sexual

A partir de las consideraciones anteriores sobre las fases del placer (disfrute, satisfacción y deseo) y de sus niveles de análisis (biológico, psicológico y social), resulta pertinente examinar cómo estas mismas relaciones pueden reconocerse en una de sus formas: el placer sexual.

2.1 Lenguaje Ordinario y Placer Sexual

En el lenguaje común, el placer sexual se expresa con la misma estructura que otros placeres cotidianos, aunque con particularidades corporales y sensoriales. Las expresiones no difieren radicalmente de las usadas frente a la comida, la música o el descanso; lo que varía es el contexto y la intensidad con que se manifiestan. Por esa razón, las regularidades recogidas en la Tabla 1 también son aplicables al ámbito sexual, pues describen la misma secuencia de disfrute, satisfacción y deseo que caracteriza toda experiencia placentera. Decimos “*qué rico*”, “*no pares*” o “*fue increíble*” con el mismo patrón de exclamación, ritmo y prosodia que acompaña otras formas de goce o éxtasis, solo que en este caso el cuerpo y la voz participan de manera más directa en la producción del disfrute.

En la vida cotidiana, muchas personas lo describen como una situación en la que “se dejan llevar” o “se sueltan”, mostrando una faceta más íntima. Es común escuchar expresiones que lo asocian con lo “instintivo” o lo “animal”, para señalar que durante la experiencia se reducen las formas habituales de control y restricción. En el lenguaje ordinario, estas expresiones funcionan como metáforas que describen una forma de placer en la que se permite cierta exposición o vulnerabilidad.

Del mismo modo, es frecuente que el placer sexual se exprese a través de referencias al gusto y la comida. Frases como “*saborear*”, “*chuparse los dedos*”, “*comerse a besos*” o “*devorar*” sitúan el encuentro sexual en la misma secuencia sensorial que el acto de comer: disfrutar, saciarse y buscar. Como señala Crespo-Fernández (2023), “el poder de generación léxica del lenguaje figurado se extiende a la metáfora alimenticia, que asocia la práctica del sexo al hecho de comer. Verbos como *comer*, *saborear*, *chuparse los dedos* o *devorar* trasladan al ámbito sexual la reacción corporal y sensorial propia del acto de ingerir” (p. 13). En otras palabras, *el sexo es*

comida constituye una traducción cultural del ciclo del placer, donde el lenguaje ordinario refleja de forma directa el tránsito entre la búsqueda, la experiencia y la plenitud.

2.2 Dimensión Biológica del Placer Sexual

El placer sexual sigue el mismo ciclo que otros placeres, disfrute, satisfacción y deseo. Según Georgiadis y Kringelbach (2012), la conducta sexual humana integra los principios generales del sistema de recompensa con algunas diferencias respecto a otros placeres. La investigación sobre la base cerebral de la sexualidad humana aún se encuentra en una etapa incipiente. Aunque existen modelos animales detallados, los autores señalan que “The study of the human sexual brain has barely begun” [el estudio del cerebro sexual humano apenas ha comenzado] (p. 51) y que la comprensión completa de su neuroanatomía funcional solo será posible cuando se superen las limitaciones metodológicas actuales de la neuroimagen. En esa misma línea, incluso la anatomía sexual femenina ha sido históricamente subestimada: los estudios recientes de O’Connell, Sanjeevan y Hutson (2005) demostraron que las descripciones tradicionales del clítoris carecían de detalle y presentaban inexactitudes, revelando la necesidad de revisar la base anatómica sobre la que se construye la neurociencia sexual. Finalmente, es fundamental reconocer que el sexo biológico constituye una variable clave para comprender la organización y el funcionamiento del sistema de recompensa sexual, dado que las diferencias estructurales y hormonales modulan tanto la respuesta cerebral como la experiencia del placer.

Durante la fase de *disfrute*, Georgiadis y Kringelbach (2012) señalaron que, en varones, durante la estimulación genital, el prosencéfalo basal mostró la correlación más fuerte con el placer, mientras que el pálido ventral respondió al inicio y cayó por debajo de la línea base al cesar, marcando la presencia o ausencia del OE/P. Esto coincide con la idea de que la acetilcolina del prosencéfalo basal podría contribuir al placer sexual, aunque el estudio no lo demuestra directamente. En mujeres, durante el orgasmo, la corteza orbitofrontal medial y la subregión mid-anterior mostrando cambios de perfusión frente a la estimulación genital. En lo compartido entre sexos, se implican redes somatosensoriales y motoras (incluido el pálido ventral), pero la evidencia directa proviene sobre todo de varones, mientras que en mujeres lo más sólido recae en la OFC.

Tras esta fase de disfrute, se experimenta la *satisfacción*, que Georgiadis y Kringelbach (2012), llamaron saciedad. En este momento, la dopamina descende mientras aumentan la serotonina, la prolactina, la oxitocina y las endorfinas, generando inhibición sexual, calma y reposo. En hombres, la elevación de prolactina y la caída dopaminérgica prolongan el periodo refractario, mientras que en mujeres este es más breve. A nivel cerebral, esta transición involucra la activación del hipotálamo anterior, la amígdala, el giro parahipocampal y regiones del cíngulo anterior y la corteza prefrontal medial, que marcan el paso del placer al descanso.

Durante la fase de *deseo*, disparada por claves sensoriales y por señales aprendidas internas, la dopamina en el VS/NAcc contribuye a anticipar la recompensa y a aprender contingencias; la amígdala detecta saliencia; el hipotálamo integra; y OFC, pACC e ínsula anterior participan en la determinación del valor y relevancia. Aunque *todas* las vías sensoriales pueden iniciar la respuesta (olfativa/químicos sociales, tacto afectivo, auditiva, etc.), en neuroimagen suele predominar la ruta visual: vLOT, EBA/FBA y vPMC sustentan el reconocimiento de cuerpos/acciones y la imitación/observación, con pACC e ínsula anterior vinculadas a interés con estímulos breves; a medida que el interés progresa hacia arousal, aumentan aMCC e ínsula posterior, y con estímulos más prolongados aparecen correlatos fisiológicos. En mujeres el patrón general es similar pero puede modularse por el ciclo ovulatorio; la evidencia disponible está sesgada hacia estudios en varones Georgiadis y Kringelbach (2012).

2.2.1 Etología y Placer Sexual

El placer sexual, al igual que otras formas de placer adaptativo, ha evolucionado como un mecanismo que incentiva conductas biológicamente ventajosas, pero en los humanos adquirió funciones más amplias que la mera reproducción. De acuerdo con Symons (1980), la sexualidad humana se distingue por la pérdida del estro y la posibilidad de copular en cualquier momento del ciclo menstrual. Los seres humanos mantienen relaciones sexuales incluso cuando la concepción no es posible, de modo que el comportamiento sexual cumple también funciones no reproductivas. En las mujeres, la excitación y la disposición al coito no dependen directamente de las hormonas ováricas, lo que permite la ocurrencia del acto sexual en cualquier fase del ciclo. Sin embargo, como advierte el propio autor, “Adult humans are more or less perennially sexual and more or less

perennially married, but this by no means constitutes evidence that the former evolved to promote the latter.” [los seres humanos adultos son más o menos sexualmente activos de manera continua y, del mismo modo, están más o menos permanentemente casados, pero esto de ninguna manera constituye evidencia de que lo primero haya evolucionado para promover lo segundo] (p. 157), lo que sugiere que la actividad sexual continua no necesariamente evolucionó con el propósito de fortalecer el matrimonio o los vínculos sociales, sino como una consecuencia de presiones reproductivas individuales.

En la misma línea, De la Garza-Mercer (2007) sostiene que el placer sexual se separó gradualmente de su finalidad reproductiva y se convirtió en un rasgo adaptativo que contribuye al bienestar y la cohesión social, actuando como una forma de comunicación y de alivio de tensiones dentro del grupo. Desde una perspectiva más contemporánea, Fontanesi y Renaud (2014) sostienen que “Sexual presence is most likely an evolutionary phenomenon, characterized by motivational, emotional and physical feelings, that an individual experiences when exposed to internal or external stimuli.” [la presencia sexual es probablemente un fenómeno evolutivo, caracterizado por sentimientos motivacionales, emocionales y físicos que el individuo experimenta cuando está expuesto a estímulos internos o externos] (p. 6). Esto sugiere que la experiencia sexual humana no se limita a las respuestas fisiológicas de excitación, sino que también involucra otros componentes que favorecen la implicación afectiva con la otra persona. Desde esta perspectiva, el placer sexual puede entenderse como un fenómeno evolutivo que, aunque se origina en mecanismos de recompensa biológica, ha adquirido funciones sociales más amplias orientadas a fortalecer el vínculo interpersonal y la intimidad.

2.3 Dimensión Social del Placer Sexual

El placer sexual posee un componente arbitrario, visible en cómo las normas culturales y morales definen lo permitido en materia sexual. El carácter idiosincrático del placer sexual se evidencia en casos como los que muestra Foucault (1985) Occidente desarrolló una *scientia sexualis* basada en la confesión y la regulación del cuerpo, mientras que Oriente habría cultivado un *ars erotica* donde la verdad se deriva de la experiencia del placer y su refinamiento, este pensamiento reforzado por Rocha (2011). En la misma vía, Stockton (2018) muestra cómo en las

artes eróticas francesa y japonesa de los siglos XVII y XVIII, se revelan nociones de placer legítimo o tabú que reflejaban visiones claramente opuestas sobre el cuerpo, el deseo y el poder.

Sobre la sexualidad femenina, abundan los casos, como la mutilación genital (FGM/C), practicada en países como Somalia, Guinea, Egipto, Sudán y Mali, donde se asocia con pureza, virginidad y aceptación social (Farouki et al., 2022). Por su parte, en Kirguistán, la virginidad se valida mediante la presencia de sangre en una sábana blanca tras la noche de bodas (Militz, 2023). El Shilshalo, practicado en la comunidad Argoba de Etiopía, busca preservar la virginidad femenina a través del contacto sexual sin penetración, reforzando la idea de que el valor moral de la mujer depende de la integridad del himen más que de su experiencia sexual (Belete & Atlaw, 2018). Así, estas prácticas reflejan cómo la sexualidad femenina se regula mediante criterios de pureza y control corporal, pese a que el himen no constituye un marcador biológico de virginidad ni permite determinar la experiencia sexual, sino un tejido anatómicamente variable cuya interpretación ha sido distorsionada por normas patriarcales y religiosas (Moussaoui, et al 2022). Del mismo modo, en el ámbito masculino, la creencia de que un pene grande garantiza mayor placer y virilidad constituye otro ejemplo de arbitrariedad cultural, donde los medios y la pornografía refuerzan un criterio que vincula el tamaño con el poder sexual y la satisfacción femenina, generando conflictos con el propio cuerpo e identidad (Mostafaei et al., 2024).

Sobre la constitución de criterios normativos referidos al placer sexual, podemos tomar como ejemplo el movimiento Bondage, Disciplina, Sadismo y Masoquismo (BDSM). Podemos entenderlo como una subcultura erótica organizada con reglas explícitas de consentimiento, roles y símbolos, que define una forma ritualizada de interacción sexual y social. Ofrece un marco ejemplar para mostrar cómo se puede adoptar una ética del placer sexual, arbitraria y convencional, pero que define los cauces del acto sexual mismo. En este caso, por ejemplo, se basa en principios de consentimiento, reciprocidad y responsabilidad. Su regla central es que la práctica sexual debe ser segura, sensata y consensuada, y convierte el dolor y la dominación en experiencias acordadas y seguras, distintas de la violencia. Desde esta óptica, el valor moral del placer no depende del acto en sí, sino del modo en que se negocia y cuida al otro. El placer se vuelve ético cuando implica cuidado, confianza y respeto por los límites (Larva & Rantala, 2024).

Las instituciones religiosas ofrecen otro ejemplo de la normativización del placer sexual. Por ejemplo, Lytle (2021) halló que las mujeres que asumen su religiosidad con la culpa, tienden

a reprimir su placer, mientras que quienes la viven como una experiencia sagrada lo integran de manera saludable. De manera análoga, en las tradiciones tántricas tempranas, el control del placer se codificó en prácticas como el *asidhārāvratā*, donde la abstinencia en medio del deseo simbolizaba la virtud y el poder espiritual (Hatley, 2016). Así, tanto en el marco ritual del BDSM como en las prácticas religiosas, el juicio ético no recae en el deseo mismo, sino en el modo en que se ejerce. El placer sexual humano, entonces, se organiza de acuerdo con los canales convencionales que definen lo que debe ser y cómo debe ser, de manera más o menos consciente. Esto otorga especificidad sobre lo que se disfruta, lo que se desea y lo que resulta satisfactorio, así como define lo que resulta problemático y se vive como diversas formas de malestar: culpa, pecado, frustración, vergüenza, etc., todos referidos a criterios de desempeño y de valoración.

2.4 Dimensión Psicológica del Placer Sexual

Las fases del placer toman formas propias en el sexual. En el *deseo* anticipatorio antes del encuentro; el *disfrute* de la intensidad del orgasmo, con sus manifestaciones fisiológicas características (respiración, el movimiento, temblor, etc.); y la *satisfacción* post-encuentro, generalmente acompañada de descanso y calma. O también el episodio puede comenzar con un *disfrute* no anticipado, seguido luego de la *satisfacción*, en el estado de calma y conexión que sigue al clímax, cuando el cuerpo se entrega al contacto y al silencio; e inicia nuevamente la anticipación ascendente.

Como se mencionó previamente, un mismo OE/P puede adquirir funciones distintas según la historia del individuo. Por ejemplo, un beso en el cuello puede resultar placentero por la combinación o la particularidad de ciertos segmentos funcionales, como el roce, la temperatura o la presión. Esa red de relaciones determina qué aspectos se vuelven salientes, y por tanto, lo que se detecta, discrimina, identifica como OE/P, y cuya magnitud se estima. La saliencia de esas propiedades orienta la atención y ajusta el umbral a partir del cual algo se experimenta como apetitivo o aversivo, mostrando que el placer sexual es una propiedad de la interacción entre esos elementos y no de una propiedad aislada del contacto. Estas modulaciones perceptivas son la base sobre la que los aprendizajes previos pueden dotar a ciertos estímulos de valor hedónico.

La segmentación funcional de OE/P también varían entre hombres y mujeres. Chivers y Bailey (2005) encontraron que la excitación genital femenina puede activarse ante una amplia gama de estímulos sexuales, incluso no coincidentes con sus preferencias, mientras que en los hombres la respuesta es específica y depende de la categoría del evento. Esto indica que en las mujeres la vasocongestión puede responder a rasgos sexuales generales del movimiento o la copulación, sin requerir una evaluación consciente, mientras que en los hombres predomina la discriminación por interés sexual. En conjunto, la evidencia muestra que la intensidad y dirección del placer sexual dependen tanto del condicionamiento como de la especificidad perceptiva de cada sistema.

2.4.1 *Condicionamiento Pavloviano y Operante*

Autores como Crawford et al. (1993) y Hoffmann (2017) argumentan que el aprendizaje sexual humano resulta de la interacción entre el condicionamiento clásico y el operante. El primero permite que estímulos neutros, como un perfume o una canción, adquieran valor erótico al asociarse con experiencias placenteras, mientras que el segundo actúa sobre la conducta sexual al reforzar las acciones que preceden al disfrute placentero; por ejemplo, cuando ciertos gestos o ritmos que generan excitación en la pareja aumentan la probabilidad de ser repetidos en futuros encuentros.

Un beso, una canción o un perfume pueden heredar valor hedónico por su asociación confiable con OE/P previamente placenteros (condicionamiento clásico). La evidencia experimental demuestra que el placer sexual, como forma específica del placer, también puede transferirse por asociación: Rachman (1966) mostró que un estímulo inicialmente neutro (la imagen de unas botas femeninas) llegó a provocar respuestas sexuales cuando se emparejaba con diapositivas de mujeres desnudas. En el experimento se observaron adquisición de la excitación, generalización a otros tipos de calzado y recuperación espontánea tras la extinción, evidenciando que el placer sexual puede condicionarse y extenderse a nuevos estímulos por su vínculo con eventos eróticos previos. Del mismo modo, un objeto o prenda que estuvo presente en un encuentro íntimo puede, con el tiempo, evocar excitación o deseo por sí mismo, al haber quedado asociado con los eventos hedónicos originales. Por su parte, autores como Pfaus, et al., (2001) encontraron efectos de habituación en la respuesta sexual: la erección en hombres disminuye con la exposición repetida a las mismas imágenes o sonidos eróticos, mientras que en mujeres la respuesta genital se

atenúa ante un mismo segmento fílmico y se recupera con la novedad, evidenciando deshabitación.

Este mecanismo explica, en parte, el surgimiento de fetiches, donde objetos específicos (como ropa, materiales o fragancias) conservan la capacidad de elicitar placer al anticipar las condiciones del goce aprendido. Sin embargo, la historia del placer no se limita a asociaciones directas: a través del lenguaje, estas funciones pueden extenderse simbólicamente a nuevos estímulos, incluso sin emparejamiento físico. Por ejemplo, el consumo de pornografía puede entenderse como una forma de condicionamiento operante: la conducta de mirar se refuerza por la excitación y el placer que le siguen. Cada experiencia placentera aumenta la probabilidad de repetir la conducta. Así, el disfrute del OE/P actúa como reforzador positivo que mantiene y fortalece el comportamiento sexual aprendido.

Estos principios de condicionamiento operan en los así llamados desórdenes sexuales y parafilias. Por ejemplo, Kremsdorf et al. (1980) demostraron que la excitación sexual de pedófilos pudo reorientarse mediante la práctica masturbatoria. En su estudio, el condicionamiento orgásmico modificó el patrón de excitación al asociar la masturbación exclusivamente con fantasías no desviadas, incrementando la respuesta hacia mujeres adultas y reduciéndola hacia estímulos pedofílicos. Por otro lado, los mecanismos de aprendizaje también explican distintas formas de disfunción y desviación sexual. En los así llamados trastornos de dolor y ansiedad sexual, se ha demostrado que cuando un estímulo erótico se asocia con el dolor, adquiere propiedades aversivas que generan miedo y evitación, reforzando un ciclo de hipervigilancia y disfunción (Dewitte & Meulders, 2023). De manera similar, en el vaginismo, una experiencia dolorosa inicial puede originar un patrón de reacciones contractivas del suelo pélvico que mantienen el patrón de evitación y el miedo condicionado a la penetración (Chalmers, 2024). En los hombres con eyaculación precoz, la situación sexual actúa como estímulo condicionado que precipita la respuesta eyaculatoria, mostrando cómo los reflejos fisiológicos pueden ser modulados por aprendizaje (Abu El-Hamd et al., 2019).

2.4.2 *Lenguaje y Placer Sexual*

Además de los ejemplos anteriores, pueden explicarse comportamientos como la excitación al pensar en otro OE/P a partir del papel del lenguaje en la extensión de las funciones sexuales y hedónicas por derivación relacional. A través de palabras, nombres o símbolos, los estímulos adquieren valor erótico sin necesidad de contacto físico con la experiencia original. Por ejemplo, escuchar el nombre de alguien en una canción o leer un mensaje puede evocar deseo por su relación simbólica con encuentros previos. Según la Relational Frame Theory (Barnes & Roche, 1997), responder relacionalmente (por equivalencia, oposición o jerarquía) permite que las funciones de placer se transformen y organicen en redes que amplifican o inhiben el disfrute. En el placer sexual, estas transformaciones se observan a lo largo de sus fases funcionales: durante la anticipación, las claves simbólicas (una palabra, una imagen o un aroma) pueden precipitar el deseo; en la experiencia sensorial, intensifican el disfrute; y en la satisfacción, las funciones hedónicas establecidas modulan la forma en que más adelante se anticipará el placer. Así, los procesos lingüísticos no solo evocan el placer, sino que también determinan cómo se regula y experimenta la sexualidad misma.

De modo complementario, Gignac et al. (2018) mostraron que el interés y placer sexual pueden establecerse hacia segmentos funcionales definidos lingüísticamente, como “la inteligencia”. En su estudio, las personas mostraron atracción correlacionada con un coeficiente intelectual por encima del promedio, aunque decayó para coeficientes por encima del percentil 99. Es interesante, sin embargo, que estas correlaciones fueron mayores cuando se evalúa a una persona que potencialmente sería una pareja a largo plazo y no para situaciones de atractivo sexual inmediato. Este tipo de datos sugiere cómo las funciones lingüísticas se vinculan con criterios que se aplican a extensiones temporales del comportamiento, y que enmarcan lo que puede considerarse placentero más allá de lo inmediato.

3. A Manera de Conclusión

A lo largo de este trabajo se mostró que el placer no puede entenderse desde una sola perspectiva. Es un fenómeno que se configura en la interacción entre la biología, la historia de aprendizaje y el contexto social. Analizarlo desde el lenguaje ordinario permitió reconocer algunos parámetros que configuran distintos usos. Y éstos, a su vez, nos permitió identificar que nos referidos al placer para designar distintos momentos de la experiencia: deseo, disfrute y satisfacción. Estos tres momentos de la experiencia placentera se asocian a distintos aspectos susceptibles de analizar a nivel biológico, psicológico y social.

En el nivel biológico, se observó que el placer comparte los mismos circuitos de recompensa que otras experiencias gratificantes, con modulaciones que dependen del tipo de estímulo y del momento del ciclo.

- Disfrute: Se asocia con la activación de sistemas opioide y endocannabinoide en regiones como el núcleo accumbens y el pálido ventral, donde neurotransmisores como las encefalinas y endorfinas intensifican el placer.
- Satisfacción: Está modulada por el núcleo accumbens y áreas corticales como la ínsula anterior, la corteza orbitofrontal y la prefrontal ventromedial, responsables de integrar la información emocional y sensorial para mantener la homeostasis.
- Deseo: Corresponde a la búsqueda anticipatoria del OE/P, sustentada por la dopamina del sistema mesolímbico. Estudios como el de Apitz y Bunzeck (2014) mostraron respuestas cerebrales muy tempranas ante señales de recompensa, evidenciando la función dopaminérgica en la motivación y la preparación perceptiva.

En conjunto, el placer emerge de la interacción dinámica entre sistemas dopaminérgicos (deseo) y opioides/endocannabinoides (disfrute), coordinados por estructuras subcorticales y corticales que equilibran el organismo a nivel fisiológico (satisfacción).

En el nivel psicológico, se comprendió que las cosas se vuelven placenteras porque se asocian con eventos hedónicos, y que el lenguaje extiende aún más ese valor a nuevos objetos o situaciones. El placer, en el nivel psicológico, es una función que los eventos adquieren por sus

relaciones en la historia del individuo y en su contexto social, no una propiedad intrínseca: se organiza dinámicamente en tres fases (disfrute, satisfacción y deseo) que no siempre ocurren linealmente. Lo que se disfruta puede ser un segmento funcional (rasgo, escena, objeto) cuya saliencia guía la atención y ajusta umbrales apetitivos/aversivos; esa función se moldea por condicionamiento pavloviano, generalización y derivación relacional (RFT), además de atribución/encuadre y normas (p. ej., religiosidad) que amplían o reducen lo hedónico. La satisfacción se explica por habituación, saciedad específica, adaptación hedónica, familiarización y tolerancia (proceso oponente). El deseo surge de contingencias operantes y restricciones sobre actividades preferidas (economía conductual), incluyendo evitación/escape para preservar estados placenteros. En lo sexual, las fases toman forma propia: deseo anticipatorio, disfrute (orgasmo y cambios fisiológicos) y calma posencuentro, o disfrute no anticipado seguido de satisfacción y nueva anticipación; la saliencia de micropropiedades (p. ej., un beso en el cuello: roce/temperatura/presión) configura detección, discriminación, identificación y estimación. Hay diferencias sexuales en la segmentación (respuesta femenina más amplia vs. masculina más específica) y operan conjuntamente el condicionamiento clásico (perfume/canción/prenda heredan valor erótico) y el operante (gestos/ritmos reforzados por el placer), con habituación/deshabituación que modulan preferencia y rendimiento.

Desde lo social, se evidenció que lo placentero también está marcado por normas, valores y significados que delimitan lo que se considera adecuado o deseable. La dimensión social del placer muestra que el goce no es universal ni puramente biológico, sino una construcción cultural, moral e histórica. Las culturas definen de manera diferente lo que resulta placentero o aceptable: desde el gusto por el picante o el ruido hasta la valoración del dolor, el contacto físico o el humor, el placer refleja valores, normas y sistemas simbólicos compartidos. Además, las tradiciones filosóficas y religiosas han intentado regular el placer mediante criterios éticos sobre la “buena vida”. A lo largo de la historia, se observan tres grandes enfoques: uno hedonista, que exalta el placer inmediato (Wilde, Sade, Aristipo); otro moderado o equilibrado, que lo vincula con el bienestar y la serenidad (Epicuro, el hedonismo cristiano, las experiencias místicas); y un tercero ascético o pesimista, que privilegia la reducción del sufrimiento (Schopenhauer, el budismo primitivo). Filósofos como Platón y Aristóteles, y autores contemporáneos como Ryle, Alston y Quinn, ampliaron la visión del placer al entenderlo como armonía funcional o disposición activa,

más que como simple sensación. En conjunto, estas perspectivas evidencian que el placer es una experiencia relativa y situada, cuyo sentido depende del contexto cultural, simbólico y ético que le otorga significado.

Sin embargo, comprender el placer en toda su complejidad requiere ir más allá de su dimensión cultural. El análisis psicológico del placer exige reconocerlo como un proceso multifásico y multidimensional, en el que cada fase (disfrute, satisfacción y deseo) expresa diferentes formas de relación entre el organismo y su entorno. Su estudio requiere articular niveles de análisis biológico, psicológico y social, pues ningún plano por sí solo explica la complejidad del fenómeno.

Aunque la investigación ha mostrado que la experiencia placentera comparte una base neural común, el placer sexual presenta particularidades asociadas a la activación reproductiva y a modulaciones neuroendocrinas que difieren entre hombres y mujeres. Desde la psicología, aún es necesario profundizar en cómo estas diferencias se expresan en la experiencia subjetiva, incorporando el sexo biológico como una dimensión relevante del estudio del placer. Además, las discrepancias teóricas sobre la definición y número de fases del placer, según el modelo que adopte cada autor, evidencian la necesidad de marcos integradores que permitan comparar hallazgos y avanzar hacia una comprensión más coherente del fenómeno.

Todo ello muestra que el estudio del placer debe abordarse desde todas las esferas posibles (biológica, psicológica, social y cultural) y que los resultados obtenidos en un contexto o país no bastan para definir lo placentero en otro, ya que las normas, los significados y las prácticas que configuran el goce varían según la historia y el entorno sociocultural. En este sentido, avanzar en su comprensión implica promover enfoques interdisciplinarios y transculturales. Reconociendo que el placer es una experiencia humana diversa, dinámica y situada.

Referencias

- Abu El-Hamd, M., Saleh, R., & Majzoub, A. (2019). Premature ejaculation: An update on definition and pathophysiology. *Asian Journal of Andrology*, 21(3), 425–432. https://doi.org/10.4103/aja.aja_122_18
- Alba, J. W., & Williams, E. F. (2013). Pleasure principles: A review of research on hedonic consumption. *Journal of Consumer Psychology*, 23(1), 2–18. <https://doi.org/10.1016/j.jcps.2012.07.003>
- Allison, J. W. (1983). *Behavioral economics*. Praeger.
- Apitz, T., & Bunzeck, N. (2014). Early effects of reward anticipation are modulated by dopaminergic stimulation. *PLoS ONE*, 9(10), e108886. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0108886>
- Balcombe, J. (2009). Animal pleasure and its moral significance. *Applied Animal Behaviour Science*, 118(3–4), 208–216. <https://doi.org/10.1016/j.applanim.2009.02.012>
- Balleine, B. W., & Dickinson, A. (1998). Goal-directed instrumental action: Contingency and incentive learning and their cortical substrates. *Neuropharmacology*, 37(4–5), 407–419. [https://doi.org/10.1016/S0028-3908\(98\)00033-1](https://doi.org/10.1016/S0028-3908(98)00033-1)
- Barnes, D., & Roche, B. (1997). Relational frame theory and the experimental analysis of human sexuality. *Applied & Preventive Psychology*, 6(2), 117–135.
- Belete, Y. M., & Atlaw, N. K. (2018). A harmful traditional practice exposing young girls to experience virgin pregnancy (Shilshalo): A qualitative study in Argoba community, Amhara National Regional State, Ethiopia. *BMC International Health and Human Rights*, 18(42). <https://doi.org/10.1186/s12914-018-0179-x>
- Bentham, J. (1789). *An introduction to the principles of morals and legislation*. T. Payne and Son.
- Berridge, K. C., & Kringelbach, M. L. (2008). Affective neuroscience of pleasure: Reward in humans and animals. *Psychopharmacology*, 199(3), 457–480. <https://doi.org/10.1007/s00213-008-1099-6>
- Berridge, K. C., & Kringelbach, M. L. (2013). Neuroscience of affect: Brain mechanisms of pleasure and displeasure. *Current Opinion in Neurobiology*, 23(3), 294–303. <https://doi.org/10.1016/j.conb.2013.01.017>
- Berridge, K. C., & Kringelbach, M. L. (2015). Pleasure systems in the brain. *Neuron*, 86(3), 646–664. <https://doi.org/10.1016/j.neuron.2015.02.018>
- Berridge, K. C., & Robinson, T. E. (2003). Parsing reward. *Trends in Neurosciences*, 26(9), 507–513. [https://doi.org/10.1016/S0166-2236\(03\)00233-9](https://doi.org/10.1016/S0166-2236(03)00233-9)
- Bloom, P. (2010). *How pleasure works: The new science of why we like what we like*. W. W. Norton & Company.

-
- Bornstein, R. F. (1989). Exposure and affect: Overview and meta-analysis of research, 1968–1987. *Psychological Bulletin*, 106(2), 265–289. <https://doi.org/10.1037/0033-2909.106.2.265>
- Buchbinder, B. S. (2017). *Evaluación del efecto del estímulo musical en la activación conductual en la anhedonia motivacional* [Tesis de maestría, Instituto Universitario, Escuela de Medicina, Hospital Italiano de Buenos Aires]. Buenos Aires, Argentina.
- Chalmers, K. J. (2024). Clinical assessment and management of vaginismus. *Australian Journal of General Practice*, 53(1–2), 37–41.
- Chivers, M. L., & Bailey, J. M. (2005). A sex difference in features that elicit genital response. *Biological Psychology*, 70(2), 115–120. <https://doi.org/10.1016/j.biopsycho.2004.12.002>
- Christianti, P., Himawan, K. K., & Aditya, Y. (2019). On being religious: Will religiosity change our perceptions of pleasure in reckless behavior? *Journal of Educational, Health and Community Psychology*, 8(2), 167–182. <https://doi.org/10.12928/jehcp.v8i2.13167>
- Cohen, S., Ward, L. M., & Enns, J. T. (2001). *Sensación y percepción*. McGraw-Hill.
- Crawford, M., Holloway, K. S., & Domjan, M. (1993). The nature of sexual reinforcement. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 60(1), 55–66. <https://doi.org/10.1901/jeab.1993.60-55>
- Crespo-Fernández, E. (2023). El sexo en el lenguaje: Valores expresivos y comunicativos. *Lingüística en la Red*, (XX), 1–23. <https://doi.org/10.37536/linred.2023.XX.2366>
- De la Garza-Mercer, F. (2007). The evolution of sexual pleasure. *Journal of Psychology & Human Sexuality*, 18(2–3), 107–124. https://doi.org/10.1300/J056v18n02_04
- Dewitte, M., & Meulders, A. (2023). Fear learning in genital pain: Toward a biopsychosocial, ecologically valid research and treatment model. *The Journal of Sex Research*, 60(6), 768–785. <https://doi.org/10.1080/00224499.2022.2164242>
- Ellis, W. (1938). *A source book of Gestalt psychology* (pp. 71–88). Routledge & Kegan Paul.
- Epicuro. (1926/2023). *Carta a Meneceo* (C. Bailey, Trad.). <https://www.iesjorgejuan.es/sites/default/files/dp8/departamentos/filosofia/materiales/epicuro.pdf>
- Farouki, L., Abdulrahim, S., Al-Kuwari, M. G., Khader, Y. S., & Akik, C. (2022). The global prevalence of female genital mutilation/cutting: A systematic review and meta-analysis. *PLOS Medicine*, 19(9), e1004061. <https://doi.org/10.1371/journal.pmed.1004061>
- Finch, L. E., Cummings, J. R., Lee, S. C., & Tomiyama, A. J. (2021). A Pavlovian intervention to condition comforting effects of fruits. *Psychosomatic Medicine*, 83(9), 1058–1065. <https://doi.org/10.1097/PSY.0000000000001012>
- Flaherty, C. F. (1982). Incentive contrast: A review of behavioral changes following shifts in reward magnitude. *Psychological Bulletin*, 92(1), 75–105. <https://doi.org/10.1037/0033-2909.92.1.75>

-
- Fontanesi, L., & Renaud, P. (2013). Sexual presence: Toward a model inspired by evolutionary psychology. *New Ideas in Psychology*, 31(2), 120–129. <https://doi.org/10.1016/j.newideapsych.2013.01.005>
- Foucault, M. (1985). *The history of sexuality, Vol. 2: The use of pleasure* (R. Hurley, Trans.). Penguin.
- Frederick, S., & Loewenstein, G. (1999). Hedonic adaptation. En D. Kahneman, E. Diener, & N. Schwarz (Eds.), *Well-being: The foundations of hedonic psychology* (pp. 302–329). Russell Sage Foundation.
- Gaston-Breton, C., Lemoine, J. E., Voyer, B. G., & Kastanakis, M. N. (2021). *Pleasure, meaning or spirituality: Cross-cultural differences in orientations to happiness across 12 countries*. *Journal of Business Research*, 134, 1–12. <https://doi.org/10.1016/j.jbusres.2021.05.013>
- Gignac, G. E., Darbyshire, J., & Ooi, M. (2018). Some people are attracted sexually to intelligence: A psychometric evaluation of sapiosexuality. *Intelligence*, 66, 98–111. <https://doi.org/10.1016/j.intell.2017.11.001>
- Georgiadis, J. R., & Kringelbach, M. L. (2012). The human sexual response cycle: Brain imaging evidence linking sex to other pleasures. *Progress in Neurobiology*, 98(1), 49–81. <https://doi.org/10.1016/j.pneurobio.2012.05.009>
- Halbur, M. E., Caldwell, R. K., & Kodak, T. (2021). Stimulus control research and practice: Considerations of stimulus disparity and salience for discrimination training. *Behaviour Analysis in Practice*, 14(1), 272–282. <https://doi.org/10.1007/s40617-020-00509-9>
- Hatley, S. (2016). Erotic asceticism: The razor's edge observance (asidhārāvratā) and the early history of tantric coital ritual. *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, 79(2), 1–17. <https://doi.org/10.1017/S0041977X16000069>
- Held, S. D. E., & Špinká, M. (2011). Animal play and animal welfare. *Animal Behaviour*, 81(5), 891–899. <https://doi.org/10.1016/j.anbehav.2011.01.007>
- Hoffmann, H. (2017). What do we know about human sexual conditioning? *Archives of Sexual Behavior*, 46(6), 1187–1205. <https://doi.org/10.1007/s10508-017-1008-6>
- Jiang, T., Li, H., & Hou, Y. (2019). Cultural differences in humor perception, usage, and implications. *Frontiers in Psychology*, 10, 123. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2019.00123>
- Lobel, D. (2017). *Philosophies of happiness: A comparative introduction to the flourishing life*. Columbia University Press. <https://doi.org/10.7312/lobe18168>
- Kremsdorf, R. B., Holmen, M. L., & Laws, D. R. (1980). *Orgasmic reconditioning without deviant imagery: A case report with a pedophile*. *Behaviour Research and Therapy*, 18(3), 203–207. [https://doi.org/10.1016/0005-7967\(80\)90037-6](https://doi.org/10.1016/0005-7967(80)90037-6)
- Koob, G. F., & Le Moal, M. (2001). Drug addiction, dysregulation of reward, and allostasis. *Neuropsychopharmacology*, 24(2), 97–129. [https://doi.org/10.1016/S0893-133X\(00\)00195-0](https://doi.org/10.1016/S0893-133X(00)00195-0)

-
- Kováč, L. (2012). The biology of happiness: Chasing pleasure and human destiny. *EMBO Reports*, 13(4), 297–302. <https://doi.org/10.1038/embor.2012.26>
- Larva, M. A., & Rantala, M. J. (2024). An evolutionary psychological approach toward BDSM interest and behavior. *Archives of Sexual Behavior*, 53, 2253–2267. <https://doi.org/10.1007/s10508-024-02881-x>
- Lytle, M. (2021). *Religion's impact on sexual experiences and attitudes among women: Exploring sexual satisfaction and sex guilt* [Tesis doctoral, George Fox University]. Digital Commons @ George Fox University. <https://digitalcommons.georgefox.edu/psyd/435>
- Moussaoui, D., Abdulcadir, J., & Yaron, M. (2023). Hymen and virginity: What every paediatrician should know. *Journal of Paediatrics and Child Health*, 59(5), 1013–1016. <https://doi.org/10.1111/jpc.15887>
- O'Connor, B., & Klaus, E. (2000). Pleasure and meaningful discourse: An overview of research issues. *Cultural Studies*, 12(2), 1–10.
- O'Connell, H. E., Sanjeevan, K. V., & Hutson, J. M. (2005). Anatomy of the clitoris. *The Journal of Urology*, 174(4), 1189–1195. <https://doi.org/10.1097/01.ju.0000173639.38898.cd>
- Okolo, C. A., Olorunsogo, T., & Babawarun, O. (2024). Cultural variability in pain perception: A review of cross-cultural studies. *International Journal of Science and Research Archive*, 11(1), 2550–2556. <https://doi.org/10.30574/ijrsra.2024.11.1.0339>
- Olds, J., & Milner, P. (1954). Positive reinforcement produced by electrical stimulation of septal area and other regions of rat brain. *Journal of Comparative and Physiological Psychology*, 47(6), 419–427. <https://doi.org/10.1037/h0058775>
- Pavlov, I. P. (1927). *Conditioned reflexes: An investigation of the physiological activity of the cerebral cortex* (G. V. Anrep, Trans.). Oxford University Press. <https://archive.org/details/conditioned-reflexes-an-investigation-of-the-physiological-activity-of-the-cerebral-cortex>
- Pérez-Almonacid, R. (2025). *Psicologías no mediacionales: Una integración como sistemas dinámicos ontogenéticos*. *Acta Comportamental*, 33(1), 155–184. <https://doi.org/10.32870/ac.v33i1.88529>
[Artículo científico publicado en revista académica]
- Pfaus, J. G., Quintana, G. R., Mac Cionnaith, C. E., Gerson, C. A., Dubé, S., & Coria-Avila, G. A. (2020). Conditioning of sexual interests and paraphilias in humans is difficult to see, virtually impossible to test, and probably exactly how it happens: A comment on Hsu and Bailey (2020). *Archives of Sexual Behavior*. <https://doi.org/10.1007/s10508-020-01739-2>
- Piper, J. (2012, octubre 22). Pursue better pleasures: The call of Christian hedonism [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=CoyyVB5YOrY>
- Plassmann, H., O'Doherty, J., Shiv, B., & Rangel, A. (2008). Marketing actions can modulate neural representations of experienced pleasantness. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 105(3), 1050–1054. <https://doi.org/10.1073/pnas.0706929105>

-
- Platón. (1871). *Filebo*. En P. de Azcárate (Ed. y Trad.), *Obras completas de Platón* (Tomo III). Medina y Navarro. <https://www.filosofia.org>
- Polak, G. (2023). The pleasure of not experiencing anything: Some reflections on consciousness in the context of the early Buddhist Nikāyas. *Religions*, 14(11), 1347. <https://doi.org/10.3390/rel14111347>
- Premack, D. (1965). Reinforcement theory. In D. Levine (Ed.), *Nebraska Symposium on Motivation* (Vol. 13, pp. 123–180). University of Nebraska Press. Rachlin, H. (1976). *Behavior and learning*. W. H. Freeman.
- Rachlin, H. (2000). *The science of self-control*. Harvard University Press.
- Rachman, S. (1966). Sexual fetishism: An experimental analogue. *The Psychological Record*, 16(3), 293–296. <https://doi.org/10.1007/BF03393659>
- Ramírez-Esparza, N., Jiang, S., García-Sierra, A., Skoe, E., & Benítez-Barrera, C. (2024). Effects of cultural dynamics on everyday acoustic environments. *Journal of the Acoustical Society of America*, 156(3), 1942–1951.
- Rankin, C. H., Abrams, T., Barry, R. J., Bhatnagar, S., Clayton, D. F., Colombo, J., Coppola, G., Geyer, M. A., Glanzman, D. L., Marsland, S., McSweeney, F. K., Wilson, D. A., Wu, C.-F., & Thompson, R. F. (2009). Habituation revisited: An updated and revised description of the behavioral characteristics of habituation. *Neurobiology of Learning and Memory*, 92(2), 135–138. <https://doi.org/10.1016/j.nlm.2008.09.012>
- Rescorla, R. A., & Wagner, A. R. (1972). A theory of Pavlovian conditioning: Variations in the effectiveness of reinforcement and nonreinforcement. En A. H. Black & W. F. Prokasy (Eds.), *Classical Conditioning II: Current Research and Theory* (pp. 64–99). Appleton-Century-Crofts.
- Rocha, L. A. (2011). *Scientia sexualis versus ars erotica: Foucault, van Gulik, Needham*. *Studies in History and Philosophy of Biological and Biomedical Sciences*, 42(3), 328–343. <https://doi.org/10.1016/j.shpsc.2011.01.001>
- Rolls, B. J., Rolls, E. T., Rowe, E. A., & Sweeney, K. (1981). Sensory specific satiety in man. *Physiology & Behavior*, 27(1), 137–142. [https://doi.org/10.1016/0031-9384\(81\)90310-3](https://doi.org/10.1016/0031-9384(81)90310-3)
- Rozin, P., & Schiller, D. (1980). The nature and acquisition of a preference for chili pepper by humans. *Motivation and Emotion*, 4(1), 77–101. <https://doi.org/10.1007/BF00995932>
- Rucynski, J. R. (2023). Exploring humor and cultural differences through intercultural humor misunderstanding case studies. *Kobe JALT Journal*, 4(1), 44–55.
- Russell, J. A. (1980). A circumplex model of affect. *Journal of Personality and Social Psychology*, 39(6), 1161–1178. <https://doi.org/10.1037/h0077714>
- Sade, D. A. F. de. (s. f.). *La filosofía en el tocador* [Archivo PDF]. Biblioteca Digital, Universidad Columbia. (Obra original publicada en 1795). https://biblioteca-digital.universidadcolumbia.edu.mx/acervo/LITERATURA/La_filosofia_en_el_tocador-Marques_de_Sade.pdf

-
- San Juan de la Cruz. (2015). *El Cántico espiritual* (ed. digital Titivillus, versión ePub r1.1). (Obra original publicada en 1584). <https://www.espiritualidadpamplona-irunea.org/wp-content/uploads/2018/10/El-C%C3%A1ntico-espiritual-edici%C3%B3n-buena.pdf>
- Schmidt, L., Skvortsova, V., Kullen, C., Weber, B., & Plassmann, H. (2017). How context alters value: The brain's valuation and affective regulation system link price cues to experienced taste pleasantness. *Scientific Reports*, 7, 8098. <https://doi.org/10.1038/s41598-017-08080-0>
- Schneirla, T. C. (1959). An evolutionary and developmental theory of biphasic processes underlying approach and withdrawal. En N. R. F. Maier & T. C. Schneirla (Eds.), *Principles of animal psychology* (pp. 511–527). Dover Publications.
- Schultz, W. (2006). Behavioral theories and the neurophysiology of reward. *Annual Review of Psychology*, 57, 87–115. <https://doi.org/10.1146/annurev.psych.56.091103.070229>
- Schopenhauer, A. (1883). *The world as will and idea* (R. B. Haldane & J. Kemp, Trans., Vol. 1). Kegan Paul, Trench, Trübner & Co. (Obra original publicada en 1819).
- Skinner, B. F. (1938). *The behavior of organisms: An experimental analysis*. Appleton-Century.
- Solomon, R. L. (1980). The opponent-process theory of acquired motivation: The costs of pleasure and the benefits of pain. *American Psychologist*, 35(8), 691–712. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.35.8.691>
- Stockton, V. L. (2018). *Indelicate philosophies: The convergence of French and Japanese erotic arts* [Honors thesis, Appalachian State University]. Appalachian State University Repository. <https://libres.uncg.edu/ir/asu/listing.aspx?id=25313>
- Suvilehto, J. T., Nummenmaa, L., Harada, T., Dunbar, R. I. M., Hari, R., Turner, R., Sadato, N., & Kitada, R. (2019). Cross-cultural similarity in relationship-specific social touching. *Proceedings of the Royal Society B: Biological Sciences*, 286(1901), 20190467. <https://doi.org/10.1098/rspb.2019.0467>
- Symons, D. (1980). The evolution of human sexuality (Précis). *Behavioral and Brain Sciences*, 3(2), 171–214. <https://doi.org/10.1017/S0140525X00003663>
- Teresa de Jesús. (1969). *Oración mental según Santa Teresa* (P. Valentín de San José, C.D., Ed., 5ª ed.). Editorial Monte Carmelo.
- Thorndike, E. L. (1911). *Animal intelligence: Experimental studies of the associative processes in animals*. Macmillan.
- Thorndike, E. L. (1911). *Sobre el aprendizaje animal*. http://23118.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/musicoterapia/informacion_adicional/311_escuelas_psicologicas/docs/Thorndike.pdf
- Timberlake, W., & Allison, J. (1974). Response deprivation: An empirical approach to instrumental performance. *Psychological Review*, 81(2), 146–164. <https://doi.org/10.1037/h0036101>

-
- Trachootham, D., Satoh-Kuriwada, S., Lam-ubol, A., Promkam, C., Chotechuang, N., Sasano, T., & Shoji, N. (2018). Differences in taste perception and spicy preference: A Thai–Japanese cross-cultural study. *Chemical Senses*, *43*(1), 65–74. <https://doi.org/10.1093/chemse/bjx071>
- Urstad, K. (2009). Pathos, pleasure and the ethical life in Aristippus. *Journal of Ancient Philosophy*, *3*(1), 1–22.
- van der Deijl, W. (2018). Is pleasure all that is good about experience? *Philosophical Studies*, *176*(6), 1769–1787. <https://doi.org/10.1007/s11098-018-1090-y>
- Wilde, O. (2019). *El retrato de Dorian Gray* (L. A. de Cuenca, Trad.). Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1891).
- Williams, A. (2024). *The never ending pursuit of satisfaction: How the brain modulates pleasure seeking behavior*. *Scholarly Horizons: University of Minnesota, Morris*. <https://doi.org/10.61366/2576-2176.1153>
- Williams, D. M. (2019). *Darwinian hedonism and the epidemic of unhealthy behavior*. Academic Press.
- Wolfsdorf, D. (2013). *Pleasure in ancient Greek philosophy*. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511667510>
- Zamble, E., Hadad, G. M., Mitchell, J. B., & Cutmore, T. R. (2021). Pavlovian conditioning of sexual arousal: First- and second-order effects. *Psychosomatic Medicine*, *83*(9), 1050–1057. <https://doi.org/10.1097/PSY.0000000000001008>